



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de CEU-Universidad San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

III

CRÍTICA DE LA INSTITUCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA

Catolicismo y política.—El clero. Secuelas inquisitoriales.—Un nacional catolicismo.—Rito, costumbres religiosas, mentalidades. Conclusión.

Iglesia y política

En el transcurso del siglo XIX, la Iglesia española, tradicionalmente ligada al poder político, siguió las fluctuaciones de éste. La dominación absoluta que ejercía en todos los ámbitos de la sociedad, así como su poder económico, estuvieron sometidos a intentos de reducción por parte de los gobiernos «progresistas», mientras que la vuelta de los «reaccionarios», absolutistas o moderados, se acompañaba de medidas compensatorias para reparar los perjuicios ocasionados. De este modo, se sucedieron una serie de medidas contradictorias que afectaron a la Iglesia en un sentido u otro: desamortización de 1836, ley de 1845 que estipula la restitución a la Iglesia de los bienes no vendidos, seguido del Concordato de 1851, luego anulación de éste y nueva desamortización de 1855, nuevo restablecimiento del Concordato y de la Unidad católica de 1856... Sería arduo entrar en detalles: precisaríamos mencionar toda la historia política y social del siglo XIX. Estas agresiones que sufre la Iglesia española no menguan sensiblemente su capacidad de intervención estatal y en todos los sectores sociales, sino que origina, tanto en la jerarquía como en los grupos católicos, un fuerte complejo de persecución que es, entre otras, una de las motivaciones de las insurrecciones carlistas. En realidad, toda la Iglesia occidental se siente agredida por las ideas y tendencias nuevas y considera como ataque lo que ante todo es un cambio social que su inmovilismo teocrático no podía comprender. Esa es la razón de que Pío IX publique en diciembre de 1864 con la encíclica *Quanta Cura*, el libro de los principales errores de nuestro tiempo, conocido por el nombre de *Syllabus*, que condena en bloque el panteísmo, el socialismo, el racionalismo y el liberalismo, incluso católico. En todos los países, los católicos intransigentes lo

aplaudieron y en España tal vez más que en otros sitios porque *El Syllabus* daba, de alguna manera, carácter oficial a la concepción teocrática y ultramontana definida en 1851 por Donoso Cortés (1808-1853) en su *Ensayo sobre el catolicismo, liberalismo y socialismo*, obra cuya filosofía pesimista (el mal está en todos lados y particularmente en la razón, así pues sólo la Iglesia puede evitar que el mundo caiga en el mal) era la justificación de la dominación total y absoluta llevada a cabo por el catolicismo.

Sin embargo, durante todo este período algunos católicos, minoritarios sin duda, y en todo caso menos ruidosos que los ultramontanos, comprendieron que el mundo evolucionaba y que la Iglesia debía adaptarse a su tiempo; tanto que algunos, por su posición social, no podían permanecer insensibles a las nuevas ideas liberales promovidas ineluctablemente por las fuerzas en auge de una burguesía en lucha contra el inmovilismo aristocrático-católico. Un hombre como Jaime Balmes (1810-1844), cuya filosofía puede ponerse como ejemplo de catolicismo abierto, ve en la historia una afirmación de fe en el progreso humano y sostiene que sólo la evolución podrá evitar las revoluciones. La religión católica será fuente de progreso si en vez de imponerse por medios coercitivos convence en libertad. En cuanto a la alianza entre el trono y el altar, «podrá ser necesaria al trono pero no lo es al altar», sería prudente que la Iglesia se retirase de la política, pues el futuro de la religión depende de ello¹. Vemos, pues, que la política de adaptación y de apertura, que será la de León XIII a partir de 1878, ya está en germen, incluso en España, al menos desde los años 1840-1850.

De 1868 a 1875, la onda expansiva de la revolución sacudió considerablemente si no a la Iglesia, al menos a los espíritus que velaban por ella o se cobijaban tras sus muros. En lo más profundo de la sociedad, en las ciudades y los pueblos las *Juntas revolucionarias* organizaron o tuvieron que organizar, forzadas por la presión popular, unas milicias llamadas *Voluntarios de la Libertad*. En muchos casos, lo que no era más que un *pronunciamiento* estuvo a punto de desembocar en una revolución. Con respecto a la Iglesia, la diversidad de posturas se inscribe en una norma general que se puede calificar de anticlerical. Citemos sólo algunos ejemplos: la *Junta* de Reus proclama la abolición del domingo, establece el matrimonio civil y prohíbe las oraciones por el Papa; la de Tortosa prohíbe el culto público; la de Segovia pone fin a

¹ Vid. *Cartas a un escéptico en materia de religión*, Madrid, Espasa-Calpe, Austral, n° 35, 1967.

la colecta para el Vaticano y decide que este dinero se destinará a las arcas de la Nación; la de Huesca condena al obispo al exilio...² Por lo general estas medidas no duraron mucho tiempo, pues el movimiento revolucionario fue rápidamente controlado y aniquilado, pero no por ello dejó de expresar la existencia de un fuerte sentimiento anticlerical en toda la Nación.

Al otro lado de la escena política, desde el punto de vista de la Constituyente, la situación para la Iglesia era igual de alarmante. La Constitución de 1869 no se aplicó jamás pero resultaba ya inquietante que hubiera podido ser aprobada con su artículo 21, que decretaba la libertad de culto, de todos los cultos y preveía para todos el apoyo financiero del Estado. La Unidad Católica de la Nación española estaba finiquitada. Y aun más, los republicanos hubieran querido convertir el artículo en una separación pura y dura de Iglesia y Estado. ¡Inaudito! La polémica consiguiente fue extremadamente viva y constituyó el pretexto de un nuevo levantamiento carlista.

Hay que añadir que en septiembre de 1869 las tropas italianas entran en Roma: Pío IX se encierra en el Vaticano, donde se considera prisionero; situación que se prolongará hasta el Pacto de Letrán en 1929. No está de más recordar, para comprender la actitud de la Iglesia española, que Pío IX condenó con gran dureza, y hasta su muerte en 1878, la libertad religiosa, reafirmó su hostilidad hacia los regímenes constitucionales y liberales y su desconfianza respecto de la razón y la ciencia.

El regreso de Alfonso XII y la instauración del sistema constitucional llevada a cabo por Cánovas fueron acogidos en 1875 con un alivio comprensible.

No obstante, las cosas no volvieron a ser como «antes». Es cierto que prácticamente el bastión de la Iglesia no fue mermado gracias a que las primeras medidas tomadas por Cánovas se encauzan a reparar los daños sufridos en el plano educativo³ pero también en el material: restitución de bienes, promesa de proteccionismo estatal... Pero las ideas revolucionarias quedan latentes en las gentes de las ciudades y del campo, que se apartan de una Iglesia que les parece que cada vez está más al servicio de los poderosos⁴. En el ámbito filosófico, la corriente idealista surgida del krausismo progresa al igual que las nue-

² Valeriano Bozal, *La ilustración gráfica del siglo XIX en España*, Madrid, Alberto Corazón, pp. 120-122.

³ *Clarín político II*, capítulo 2, pp. 47-65.

⁴ José Manuel Cuenca, *Aproximación a la historia de la Iglesia contemporánea en España*, Madrid, Rialp, 1978, p. 283.

vas tendencias positivistas; estos movimientos, aunque minoritarios y violentamente combatidos por la intransigencia católica, ganan terreno entre los intelectuales de clase media. Por último, y sobre todo en la burguesía mercantil, tradicionalmente ligada a la Iglesia, ciertas ideas liberales se convierten en la infraestructura necesaria para una economía que debe adaptarse a las exigencias del mundo moderno. El mundo cambia, las mentalidades evolucionan y, sin embargo, el centro duro de la Iglesia no modifica en absoluto su posición: un clima de intransigencia religiosa domina las masas conservadoras y religiosas. Podría parecer inútil hablar, llegados a este punto, de la Unidad Católica de la Nación española y, sin embargo, la petición de su restablecimiento reunió tantas firmas que las hojas tuvieron que transportarse (según Varela Ortega) en carro⁵.

Teniendo en cuenta todos estos elementos se puede apreciar mejor la acción del conservador Cánovas durante los cinco primeros años de la Restauración. A fin de no alimentar el levantamiento carlista —que para muchos miembros de las clases altas y media se vislumbraba como la salvaguardia contra la religión, el liberalismo y el socialismo—, Cánovas trataba ante todo de no enojar a los católicos, pues a la menor medida que pudiera considerarse liberal era inmediatamente «desvirtuada y explotada presentándola a ojos de gentes poco ilustradas como un ataque contra los sentimientos religiosos».

Según Varela Ortega, Cánovas, durante los primeros meses de la Restauración, simuló inclinarse hacia la derecha para desarmar la oposición de los católicos y moderados.

Fuesen los que fuesen los sentimientos personales de Cánovas, o sus intenciones secretas, le resultaba imposible no tener en cuenta cierta evolución de la sociedad y el correlativo avance de las ideas progresistas.

Este sumario cuadro de las vicisitudes de la Iglesia española anterior a 1875 era necesario para mejor comprender su situación y el estado de ánimo de sus adeptos en el momento de la Restauración.

* * *

Leopoldo Alas comienza su carrera periodística en las columnas de *El Solfeo* el 7 de marzo de 1875, dos meses después del regreso de Alfonso XII⁶. Sabemos que Clarín luchó siempre contra el sistema

⁵ José Varela Ortega, *Los amigos políticos*, Madrid, Alianza Universidad, 1977, pp. 94-98.

⁶ Vid. *Clarín político I*, «El periodista militante», pp. 30-52.

político de la Restauración, él que se declaró republicano durante toda su vida. Sabemos que, de 1875 a 1881 ó 1882, se involucró totalmente como demócrata y periodista en la lucha política. Durante este período, el tono de denuncia es violento, irónico o sarcástico, luego y hasta su fallecimiento la crítica resulta tal vez menos violenta formalmente pero más reflexiva, más profunda y, obviamente, más eficaz⁷.

Ahora bien, para Leopoldo Alas, la cuestión religiosa, que sería mejor denominar cuestión católica o aun mejor clerical, se confunde con la política reaccionaria de la Restauración. La Iglesia, en efecto, está presente a todos los niveles en el juego político, sea directamente (buen número de obispos son a su tiempo senadores), sea por mediación de los partidos confesionales.

Desde ese momento, no hay ninguna diferencia entre un senador o un diputado ultraconservador y así, por ejemplo, el obispo de Palencia, para condenar el liberalismo, el socialismo, etc. declara en la tribuna del Senado en 1901 —conviene precisar la fecha—: «Nosotros no queremos que se concedan derechos iguales a la verdad y al error, a la virtud y al vicio, porque siguiendo este camino, la sociedad y los pueblos se precipitarán por la pendiente del libertinaje»⁸.

Esta confusión entre catolicismo y política encuentra su expresión en los textos que dirigen el juego político y la vida pública de la Restauración: la Constitución de 1876 y el Código Penal.

Hemos analizado en otros estudios la ambigüedad del artículo 11 de la Constitución⁹, ambigüedad que se explica por el deseo de Cánovas de no contrariar a los católicos y, por otro lado, de atraerse a los liberales moderados. Esta transacción sin duda táctica no deja de reflejar, como ya hemos dicho, que los tiempos han cambiado.

⁷ *Ibid.*, «Introducción».

⁸ Citado por Antonio Jutjar, *Ideologías y clases en la España contemporánea*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1971, tomo 2, p. 123.

Sobre el catolicismo de esta época es muy pertinente la opinión de José Luis Aranguren: «El catolicismo como actitud aparecía siempre ligado al reaccionarismo, a la defensa de los 'intereses' de la Iglesia, a la alianza del Trono y del Altar, al paternalismo, al régimen de cristiandad, etc. Era, pues, en el sentido fuerte de la expresión un catolicismo político, particularmente (...) un catolicismo antiliberal». (*Moral y sociedad. La moral social española en el siglo XIX*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1970, p. 177).

⁹ *Clarín político II*, pp. 49-52. Recordemos que el artículo 11 estipula: «La religión católica, apostólica, romana es la del Estado. La nación se obliga a mantener el culto y sus ministros». «Nadie será molestado en territorio español por sus opiniones ni por el ejercicio de su respectivo culto, salvo el respeto debido a la moral cristiana. No se permitirá, sin embargo, otras manifestaciones públicas que las de la religión del Estado (...).».

Los neo-católicos o ultramontanos denunciaron agresivamente esta apertura hacia la tolerancia que ponía en tela de juicio la unidad católica, en tanto que los republicanos y demócratas atacaron, con no menos fuerza, una disposición que prohibía de hecho todo culto público que no fuera el de la religión católica. En materia de enseñanza, el artículo 12¹⁰ decreta, en apariencia, la libertad de enseñanza, ahora bien, hemos visto que haciendo un hábil uso de los artículos 11 y 12 un obispo o un ultramontano cualquiera puede creerse autorizado a pedir que se prohibiera enseñar. Hechos que fueron denunciados por Leopoldo Alas de 1875 a... 1901. Sobre todo remitimos al lector al segundo capítulo del tomo II de *Clarín político*¹¹.

Pero el tema *Iglesia-política* no se limita, ni mucho menos, a la cuestión de la enseñanza, tratándose de un problema fundamental tanto para la Iglesia, que quiere seguir controlando las conciencias, como para los defensores del progreso.

De hecho, a pesar de algunas reticencias formales de la Constitución, el Estado que protege y... financia a la Iglesia católica, y sólo a ella, es católico. Para convencerse de ello basta con leer —nos dice Clarín— los artículos del proyecto de reforma del Código Penal que se refieren a la defensa de la religión católica. El título I es el siguiente: «Delitos contra la religión del Estado» y el II: «Delitos con motivo del ejercicio de los cultos que no sean el que la religión del Estado». Los dos títulos indican ya que sólo se comete delito contra la religión del Estado, con lo que —concluye Clarín— hay ante todo delito contra el Estado que impone su religión, lo que contradice la Constitución. Los diferentes artículos muestran, en efecto, que la cláusula del artículo undécimo, que precisa que: «Nadie será molestado en territorio español por sus opiniones ni por el ejercicio de su respectivo culto...», no es más que una concesión puramente formal, pues se prevén penas de confinamiento contra los que realicen manifestaciones públicas de otro culto que no sea el de la religión católica¹². Aun más: un artículo del capítulo II llega incluso a decretar que «los individuos de asociaciones religiosas de sectas disidentes que se reúnan en la vía pública serán castigados con la pena de arresto mayor», lo que, por otro lado, es una puerta abierta a todo tipo de abusos. Supongamos la situación

¹⁰ *Ibid.*, p. 52., artículo 12: «Todo español puede fundar y sostener establecimientos de instrucción y educación con arreglo a las leyes».

¹¹ *Ibid.*, pp. 47-65.

¹² «El que practique ceremonias, o realice manifestaciones públicas de un culto que no sea el de la religión católica, será castigado con la pena de confinamiento mayor».

siguiente: «Tiene Vd. un amigo ¿qué digo?, un padre cariñosísimo a quien no ha visto Vd. desde hace veinte años: su padre y Vd. son de un mismo culto(...). Pues bueno, se encuentra Vd. con su señor padre en la vía pública después de los susodichos veinte años de ausencia... van Vds. a darse el más apretado de los abrazos... ¡Imposible! Un polizonte que sabe lo del culto se interpone y obliga a cada cual a seguir su camino sin ahogarse, ni hablar siquiera; y si Vds. no obedecen inmediatamente ya no se verán en mucho tiempo porque cada uno irá a sufrir por su parte un arresto mayor». Sí, todo esto está en la letra y quizás también en el espíritu de este artículo. Nuestro autor concluye que no se trata de una reforma sino de una «deformación» que indica claramente que hemos vuelto a los tiempos de Recaredo¹³. Veremos más adelante que la policía vela por las manifestaciones públicas de culto católico y se encarga de hacer entrar en razón a los perturbadores incluso involuntarios.

Así, para Clarín, la concepción del Estado católico es un atentado contra la justicia y el derecho de toda persona y lo que es más, una aberración religiosa.

¿Cómo se puede hablar del Estado católico desde un riguroso punto de vista religioso? El cristianismo dice que sólo los individuos tienen alma y consecuentemente sólo las almas pueden tener una religión. Así pues, lo que se llama «alma colectiva» no tiene sentido para el cristianismo y, por ello, hablar de religión colectiva es signo de paganismo. «La concepción del Estado religioso supone ignorancia de la idea de religión y de la de Estado»¹⁴. Las naciones que, como España, hacen de la religión una cuestión de Estado se comportan como las sociedades primitivas en las cuales el sentimiento colectivo anulaba la sustantividad individual. En la historia de la humanidad hubo un tiempo en el que la vida colectiva se imponía a la individualidad y la anulaba: «La fe, la piedad eran colectivas; tenían religión los pueblos, no los individuos. Como existía la responsabilidad colectiva, absurdo elevado al cubo». Las naciones que hoy tienen una religión de Estado se sitúan aún en el período del anticristo ya que ignoran la enseñanza de Jesús, que «arrancó la sustantividad individual de las garras del colectivismo»¹⁵.

Para Clarín, pues —hay que apuntar que los textos aquí citados no son de 1876 ó 1880, sino de 1897 y 1899—, la vida política y pública de

¹³ *El Solfeo*, 551, 17-V-1877.

¹⁴ *La Publicidad*, 6637, 5-IV-1897. Vid. *Clarín político II*, pp. 51-54 y 119-125.

¹⁵ *La Publicidad*, 7554, 16-X-1899. Vid. *Clarín político I*, p. 97 y n. 3 pp. 396-397.

España está regida por una monstruosidad cuyas graves consecuencias políticas, pero sobre todo religiosas, no desaparecerán hasta que sea borrada «esa herejía de derecho, de sociología y de psicología que hace de su agente colectivo abstracto (el Estado) un ser capaz de religión»¹⁶.

Vemos que la crítica de Clarín se manifiesta tanto contra el poder político que busca un apoyo en la religión, como contra el catolicismo que funda su poder temporal en una alianza con el Estado. Pero es muy importante subrayar que en 1897 —para atenernos a la fecha de la cita anterior—, la censura de la Iglesia se ejerce a partir de una concepción auténticamente religiosa. ¿Ocurría lo mismo en 1876 ó 1880? De una forma explícita, no, pues nuestro autor tal vez no había afinado suficientemente su concepción religiosa, pero en realidad podemos responder afirmativamente incluso si en los primeros años se muestra más preocupado por atacar al sistema político que por defender una concepción profundamente religiosa. Consultemos *La Unión* del 4 de enero de 1879. En él encontramos la polémica casi cotidiana con un periódico ultramontano; ese día se trata de *La Fe*, el cual para justificar la imposición de la religión católica a todos los españoles se apoya en el argumento supuestamente «democrático» y tantas veces utilizado según el cual el catolicismo es la religión de casi todos los españoles. Clarín responde que debe distinguirse a los verdaderos católicos de los que se dicen tales en los censos, ya que la gran mayoría de los españoles no tienen de católico más que el nombre y la razón hay que buscarla en el neo-catolicismo que se queda en las formas, que se contenta con dominar a las *masas* para conseguir sus fines temporales y desdeña el fondo. ¿No está ya aquí el germen de la idea de una religiosidad auténtica opuesta a la religión impuesta y rutinaria, la idea de que el enemigo del sentimiento religioso es el neo-catolicismo? Acaso para huir de este vacío espiritual de la religión oficial se deba el que Clarín haga saber a *La Fe* que ha abandonado el catolicismo¹⁷.

¿No es impensable que el nombramiento de los ministros de Dios pase por las intrigas de los ministros de una política corrompida? Un ejemplo: en 1894, cuando Sagasta, el jefe del partido liberal, está en el poder, el ministro Capdepón nombra obispo a uno de sus parientes próximos. Este hecho le da pie a Clarín para un comentario sarcástico y amargo: «¡Quién le habría de decir a Nuestro Señor Jesucristo,

¹⁶ *La Publicidad*, 6637, 5-IV-1897. Vid. *Clarín político II*, pp. 51-53 y 119-129.

¹⁷ *La Unión*, 115, 4-I-1879. «¿Piensa *La Fe* que nosotros que hemos abandonado el catolicismo no tenemos moralidad?».

cuando redimió el mundo, que su muerte y pasión habría de servir para que Don Trinitario colocara a sus consanguíneos en los sucesores de los apóstoles!». En verdad, «no supo el Gran Constantino el mal que hizo cuando declaró el cristianismo religión de Estado. Fue como reunir los Evangelios, ponerles una carpeta, escribir encima 'expediente' y atar el legajo con balduque»¹⁸.

* * *

Si el Estado católico es un contrasentido religioso, qué pueden ser los partidos confesionales, estos grupos que se llaman a sí mismos tradicionalistas, carlistas, neo-católicos, Unión Católica, integristas... y a los que se les llama *carcas*, *neos*, *mestizos*... según el caso. Es necesario antes de nada tener las cosas claras, pues el problema no es de una nitidez evangélica: el odio que existe entre un *neo* y un *mestizo* sólo es comparable al que cada uno de ellos puede sentir hacia un liberal. El problema es, si se quiere, religioso pero ante todo es político, y Cánovas es, en gran parte, responsable de las divisiones que se producen en el partido católico tradicional de 1875 a 1888. Hemos dicho ya que para otorgar a un sistema político una base suficiente Cánovas tuvo que buscar un cierto equilibrio entre algunos sectores liberales moderados y los católicos conservadores. Entre estos últimos había un importante sector no asimilado al carlismo cuyo jefe de filas era Alejandro Pidal. Pidal se había opuesto violentamente a la tolerancia explícita de los artículos 11 y 12. Sin embargo, después de la muerte de Pío IX en 1878, León XIII recomendó por el propio bien de la Iglesia una política de colaboración con los regímenes liberales e incluso republicanos y alentó a todos los católicos a agruparse en un sólo partido al margen de sus opciones políticas.

En España, el filósofo tomista Fray Zeferino González, sensible a las ideas de León XIII, condujo a Pidal a una actitud menos beligerante con respecto a la monarquía constitucional. De tal modo que en 1881 se fundó la Unión Católica, que se proponía unir bajo la dirección de ciertos obispos a todos los que querían defender la influencia social y política de la Iglesia, sin tener en cuenta el partido político al que pertenecían¹⁹. En realidad, la Unión Católica no agrupa más que a una fracción del partido tradicionalista, pues el grueso de las tropas

¹⁸ *La Publicidad*, 5702, 12-IX-1894.

¹⁹ Vid. David Ruiz, «Alejandro Pidal o el posibilismo católico de la Restauración, posiciones doctrinales y prácticas políticas», en *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, nº 67, agosto 1969, pp. 203-221.

carlistas rehusa colaborar con el régimen. Pidal, acusado de comprometimiento, de *mestizo*, fue expulsado y el periódico carlista de Cándido Nocedal, *El Siglo Futuro*, denunció encarnizadamente y durante años tanto a Cánovas y Pidal como a los obispos que apoyaron la Unión Católica. La campaña resultó tan violenta que León XIII tuvo que promulgar en 1882 la encíclica *Cum multa*, en la cual reiteraba la petición de unión de todos los católicos. La entrada de Pidal, en 1884, en el tercer gobierno de Cánovas imposibilitó cualquier conciliación.

A partir de esa fecha, las cosas se complican en las filas carlistas debido a una disparidad de intereses entre la Iglesia y Don Carlos por una parte, y por otra a una divergencia entre éste último y el jefe del partido, Cándido Nocedal. Tras la muerte de éste, Don Carlos se niega a que su hijo, Ramón, acceda a la presidencia del partido. Como reacción, Ramón Nocedal, «más neo que Picio», según palabras de Clarín, fundó el partido integrista, es decir enteramente tradicionalista, para quien «ser liberal es más pecado que ser blasfemo, ladrón, adúltero u homicida»²⁰. El partido integrista defiende una concepción estrictamente confesional de la política y del poder, cuyas actividades deberán estar subordinadas a la norma religiosa y a la institución eclesiástica. El rey no es más que el medio providencial para imponer las leyes divinas y naturales, de las cuales la Iglesia es el único intérprete. Félix Sardá y Salvany, director de la revista neo-católica de Barcelona *La Revista Popular*, había publicado ya en 1884 una obra con el significativo título de *El liberalismo es pecado*, donde proclamaba con un tono de guerra santa, entre otras dulzuras evangélicas, que «el amor que se debe a los hombres como prójimos debe entenderse siempre subordinado al que debemos todos a nuestro común Señor. Por su amor y servicio, pues, se debe (si es necesario) disgustar a los hombres; se debe (si es necesario) herirlos y matarlos»²¹.

Si Nocedal y los suyos lanzan el anatema contra Pidal, éste se lo devuelve bien —bajo otras formas, es verdad—, y a veces desde lo alto de la tribuna del Ateneo, como ocurre en 1886: «El integrismo carlista es un iluminismo idólatra y demagógico que compromete los derechos de la religión y de la Iglesia». Es «una secta epiléptica, fanática, intransigente y feroz» que considera que «la difamación es uno de los elementos del apostolado evangélico»...²².

²⁰ Félix Sardá y Salvany, *El liberalismo es pecado*, Barcelona, Librería y Tipografía Católica, 1884, p. 19.

²¹ *Ibid.*, p. 79.

²² Alejandro Pidal, «Balmes y Donoso Cortés. Orígenes y causas del ultramontanismo. Su historia y sus transformaciones. Relación del Estado con la Iglesia española y con la Santa Sede», en *La España del siglo XIX*, curso 1886-1887, tomo III, pp. 1-60.

Habría mucho que decir sobre las motivaciones teológicas, y sobre todo históricas, de todas estas disensiones que aquí mencionamos sólo para hacer más comprensible la postura de nuestro autor²³.

Hasta 1882, antes de que estalle la escisión en el campo de los católicos tradicionalistas, Clarín no parece acercarse demasiado para distinguir los matices: combate tanto, y de la misma forma, a los carlistas como a los pidalianos, pues para él están dentro del mismo bloque: el de la reacción. Sin embargo, no se le escapa que la hipocresía fundamental de unos y otros está asumida por unos «temperamentos» diferentes: guerrero en el caso de los carlistas, mojigato en el de los pidalianos, como atestiguan los dos fragmentos poéticos que publicamos²⁴.

²³ Como bibliografía somera sobre esta cuestión señalamos:

—José Manuel Cuenca, *o. cit.*. Vid. más particularmente en el capítulo V: «Los católicos ante la obra de la Restauración», pp. 305-311.

—José Luis L. Aranguren, *o. cit.*

—Miguel Artola, *Partidos y programas políticos (1808-1936)*, Madrid, tomo I, pp. 535-553.

—Manuel Tuñón de Lara, *El hecho religioso en España*, Paris, Ediciones Ebro, 1968, pp. 85-108.

²⁴ La poesía «A Pidal» se publicó en *El Solfeo* del 12-V-1876 y «¡Ergo vivamus!», canto de un carlista, en el mismo periódico el 12-VII-1877.

A PIDAL

Tu elocuencia almizclada
causará las delicias
de la hígle-life devota,
de viejos pseudo-místicos;
eunucos voluntarios (*)
de los que dicen misa(*)
Quizá también elogien
tus mojigaterías;
(.....)

Hoy los neo-católicos
sois todos de una *grima*;
mucho hablar de Dios hijo
y su madre santísima,
y echarla de cofrades
y echarla de tomistas;
pero la vida austera
de la Tebaida antigua
os da ataques de nervios.

(*): adviértase el carácter francamente anticlerical de estos versos.

¡ERGO VIVAMUS!

(.....)
En hora buena torné al redil,
y ya he logrado mi canonjía,
y ya en callado tronco fusil
(.....)

Gracias cumplidas dad al gobierno
que nos protege con su piedad;

Durante este primer período, combate sobremanera el carácter fanático, retrógrado y peligroso del catolicismo español, que encuentra su expresión extrema en el carlismo: por eso, no queda semana en que no estalle una polémica con *El Siglo Futuro*. Aquí nos encontramos con el problema de la elección. Si el sarcasmo violento aplicado a todos los dignatarios carlistas, ya sean laicos o sacerdotes, puede ser llamado anticlericalismo, entonces Clarín sí fue anticlerical. Hay una página de 1876 que merecería figurar en una antología sobre el tema. La expresión de Bismark: la «Internacional negra», que sirve de título al artículo, despertó la imaginación de Clarín que ve avanzar hacia Roma una negra bandada de pesadas nubes o un vuelo de cuervos de mal agüero. El artículo no se puede resumir, por lo que ofrecemos largos extractos en nota aparte²⁵.

En 1878, la actitud conciliadora de León XIII es muy mal recibida por los carlistas, quienes hacen saber a través de *El Siglo Futuro* que no reconocen ninguna de las instituciones políticas de la España de

pero en el fondo del fuero interno(**)
 jurad sus ruinas sin caridad.
 Cánovas finge y es mojitago;
 pues imítadle, fingid también,
 y al agua el neo llevará el gato
 cuando ellos piensen que va muy bien.

(**): Sobre el *fuero interno*, vid. *Clarín político I*, nota 5, p. 117.

²⁵ «Lector lugareño, si por tu pueblo pasa el ferrocarril, llégate a la estación y en cada tren que en ella se detiene verás señales de la Internacional negra. ¿No ves cuanto se asoma por las ventanillas? En aquel reservado de señoras viaja un neo con todos sus familiares, en el próximo coche de primera van una multitud de dignidades carlistas, en el otro, de segunda, modestos curas de almas, en los de tercera pululan los diáconos, subdiáconos, monaguillos y sacristanes. ¡Todo negro!

»Yo me figuro en este momento una faja negra de nubarrones que se extiende desde todas nuestras ciudades, villas y aldeas en luz convergente hacia la corte pontificia; es un nimbus gigantesco de mal agüero; y aunque parece que se va, veréis cómo vuelve y cómo descarga aquí. Ésa es la Internacional negra, ¡qué unidos!, ¡qué compactos! ¿Habéis visto una banda de cuervos marinos en medio del mar, sobre una peña, inmóviles, estúpidos y semejantes a botellas de cuello largo? A uno de los cuervos, el guión o Necedal, o como se llame se le antoja graznar: ¡A Roma! dice el graznido, y todas las botellas despliegan las alas y gritando: ¡A Roma, a Roma!, abandonan la peña solitaria y vuelven arrastrando la canana sobre la superficie de las olas (...) Se van a Roma de donde traerán indulgencias y excomuniones, para distribuir a cada cual según sus méritos. Pero al fin volverán los oscuros neo-católicos a cobrar la paguita que no se habrán ganado en el mes o meses que dure la peregrinación. ¿A qué van a Roma? A tramar conspiraciones de carlismo, según las voces, a buscar un santo y seña para la próxima guerra intestina, a sonsacar pretextos nuevos para turbar la paz de las familias por mor de asuntos religiosos (...) Se baten por una utopía del pasado estos internacionales negros y en esa utopía sacrifican la patria, la felicidad del pueblo, todo lo real y de verdadero interés(...)» (*El Solfeo*, 365, 7-X-1876).

entonces, pues «toda autoridad que no sea de derecho divino deja de ser autoridad». Clarín subraya que los carlistas de *El Siglo Futuro* son más ultramontanos que el propio Papa, pues éste «se guarda hoy por hoy de meterse en camisa de once varas; lo que hace es que deja que cada pueblo se dé el gobierno que quiera», y después dice: «¡Ajajá! han acertado Vds., ése es el gobierno legítimo, y luego echa su bendición»²⁶. De paso podemos resaltar que Clarín no trata al Sumo Pontífice con mucho respeto. En esa época no cree en la sinceridad profunda del Papa, piensa que su actitud es más bien oportunista.

Tres días antes, en respuesta a F. M. Melgar, había refutado los diversos aspectos de la «ideología» carlista. ¿Qué piden los adeptos del oscurantismo? Primero, que el hombre no reconozca las exigencias de la naturaleza y «se entregue con toda el alma a la adoración de las abstracciones de metafísica», que renuncie a las leyes de la razón y que se deje aterrorizar por «ridículas amenazas de injustos castigos». Volveremos sobre estos aspectos que denotan la influencia del catolicismo español sobre los modos de pensar. Piden que el Estado se entregue como esclavo de la Iglesia al poder de la hierocracia. Con esto, piden lo imposible, pues no se puede contravenir ni a las leyes de la razón ni a las de la naturaleza; en cuanto al Estado, ya empieza a concienciarse de su propia valía²⁷.

Es en 1882, frente a la Unión Católica, cuando deben afirmar con más fuerza aún su pureza intransigente. Esto es lo que Clarín expresa irónicamente en una carta ficticia del obispo, no menos ficticia que la de Pericópolis a Cándido Nocedal. El obispo felicita a «su bien amado hijo» por su actitud intrépida, ya que, dice, «si te dan una bofetada le pegas tú dos al lucero del alba, según la doctrina de Nuestro Señor (...) La Iglesia está con nosotros; nosotros representamos genuinamente sus tradiciones, su intolerancia, su fanatismo y todo lo demás es latitudinarismo y tortas y pan pintado» El obispo arremete después contra Fray Zeferino González, filósofo tomista que pretende poner su filosofía en la balanza. «¡Valiente hereje es el padre Zeferino, con todos *ergos* y distingos! ¿A quién se le ocurre venir a interrumpir la gloriosa tradición de nuestra patriarcal ignorancia?

»Me embisten estos obispos, y Dios me perdone, que se las echan de saber más que Merlín, y no son capaces de tomar el chopo llegado el caso»²⁸.

²⁶ *El Solfeo*, 872, 30-VI-1878.

²⁷ *El Solfeo*, 869, 27-VI-1878.

²⁸ *La Publicidad*, 1.487, 22-III-1882; *Gil Blas*, 15, 16-III-1882.

Podríamos multiplicar los ejemplos de artículos repletos de ironía, cargados de sarcasmo; permitirían apreciar aún más el verbo clariniano pero poco añadirían al fondo.

* * *

Por lo que respecta a la Unión Católica, estos hermanos enemigos de los carlistas, hay pocas alusiones directas en los artículos de Clarín. Sin embargo, Alejandro Pidal, el líder de este partido confesional que niega la denominación de partido, puesto que pretende reagrupar a todos los católicos independientemente de sus opiniones políticas, está verdaderamente en el punto de mira de nuestro autor. Clarín llegó a decir que estaba atacado de una «obsesión Cánovas» y nosotros podríamos añadir que también lo estaba de la «obsesión Pidal». Es necesario decir que lo conoce bien, ya que Pidal es el gran cacique del distrito asturiano de Villaviciosa sobre el cual reina gracias a los procedimientos habituales del caciquismo, que pueden resumirse en dos: corrupción y presión²⁹.

Que además Pidal sea el discípulo de Fray Zeferino González, que haya podido escribir una obra de 400 páginas exaltando la vida y la obra de Santo Tomás de Aquino, que se dé aires de misticismo, suena a falso. Para Clarín, Pidal no es más que un gran hipócrita. Su verdad está en lo que hace como cacique y no en lo que dice como «místico». Es, a fin de cuentas, en nombre de una exigencia moral por lo que Clarín se consagra de 1876 a 1900 a desinflar lo que, para él, sólo es un globo católico; la palabra es fuerte pero está a la altura de la repugnancia que el hombre le inspira. Hemos citado ya en nota una poesía de 1876 dedicada a Pidal³⁰ en la que están subrayados los aspectos condenables para Clarín de esta forma de ser católico: retórica beata y ausencia de vida religiosa auténtica.

En 1883, después de la fundación de la Unión Católica, reaparecen idénticas críticas. Pidal «es uno de esos obispos laicos que a veces piensan en la Iglesia pero quizá nunca en Dios», pues ante todo es un hombre político que cultiva la *pose*. Efectivamente, se ocupa fundamentalmente del «jardín electoral» de su distrito asturiano. «Ser religiosos de veras —comenta Clarín— es más difícil de lo que Pidal piensa; para ello se necesita entre otras cosas, no pasar

²⁹ Para ampliar detalles sobre el cacique asturiano Pidal, vid. *Clarín político I*, pp. 132-141.

³⁰ Vid. nota 24.

la vida repartiendo estanquillos a los electores y persiguiendo a los enemigos políticos»³¹.

En 1890, en un artículo de *El Globo* que ya hemos publicado, evoca unas veces con ironía, otras en tono de severa gravedad al patriarca Pidal reinando en su Meca de Covadonga. No, el jefe de la Unión Católica no puede ser un cristiano auténtico. Si para él «la idea predominante fuera una política inspirada por los principios cristianos, como debiera esperarse de un pensador católico que llega a influir poderosamente en la vida *práctica* de su país, rechazaría, para conseguir su propósito, todos los medios reprobados por la justicia, la lealtad, la nobleza»³².

Lo que resulta más grave es que Pidal aparece como el paradigma de una actitud bastante generalizada entre la Unión Católica y que se caracteriza por la primacía de lo político sobre lo religioso; al final, y en bastantes casos, la religión no es más que el pretexto (o el medio) obligado para satisfacer ciertas aspiraciones que no tienen nada de ideales. No insistiremos más en esto, pues tocáramos el problema de las costumbres y las formas de pensamiento que estudiaremos más adelante; pero se ve perfectamente que todo está unido. Recordemos sólo la crítica que hace Clarín, siempre a partir de un criterio moral, de esos candidatos a cátedra de Universidad que fingen ser unos perfectos escolásticos porque es el único medio de tener alguna posibilidad de agradar al jurado³³. ¿Y el Padre Cámara, obispo de Salamanca, que debe su cargo a sus relaciones, no es el equivalente con sotana de Pidal? A éste, en todo caso, parece, según Clarín, que el cálculo y la intriga lo llevan hacia las virtudes cristianas. «Es un hombre antipático, *antievangélico*, que quiere hacer méritos en la carrera, ya que no con virtudes cristianas, que no tiene, con alardes de celo fanático». «Es un *cursi* que medró en Madrid explotando la imbecilidad de la *crème* hipócrita con flores oratorias de trapo». Ante *celotes* y *saduceos* de este tipo, Clarín confiesa que siente universal repugnancia, porque, precisamente, él ama la religión y les profesa mucho respeto a los buenos sacerdotes³⁴.

Encontramos aquí de nuevo el criterio moral de autenticidad a partir del cual Clarín evalúa a los hombres y las cosas, y le lleva a denunciar la falsificación, el fraude y la hipocresía en todos los ámbitos de la vida. Siendo la religión para él una moral también, ¿cómo no ser incluso más severo con aquéllos que la utilizan con fines personales y egoístas?

³¹ *Arte y Letras*, 10, 1-VII-1883; *Sermón perdido*, pp. 197-198.

³² *El Globo*, 16-IX-1890; *Clarín político I*, nota 2, pp. 140-141.

³³ Vid. *Clarín político II*, pp. 57-59.

³⁴ *La Saeta*, 326, 18-II-1897.

Clarín siente más respeto por los carlistas, de los que combate el absurdo fanatismo, porque son sinceros dentro de su extravío mientras que los ultramontanos de Pidal, aparentemente más conciliadores, son en su mayoría unos «cucólogos», unos intrigantes. Por eso, en 1885, después de la entrada de Pidal en el gobierno de Cánovas, escribe: «*El Siglo Futuro* representa una causa muy española aunque sea funesta para la patria». Mientras que «la Unión (católica) representa una podredumbre espiritual más funesta que todo». Y añade irónicamente que, por tanto, es la Unión quien está en lo cierto: «es decir, en el Ministerio»³⁵.

* * *

Hay una manifestación que Clarín sigue con mucho interés, sobre todo a partir de 1890: los congresos católicos. Se podría pensar que estas asambleas de prelados y laicos competen a la religión y no tienen cabida en el presente capítulo, pero después de haber leído los artículos de Clarín a este respecto nos percatamos de que sólo pueden agruparse bajo el epígrafe: *Iglesia y política*.

¿Qué solicitan los obispos reunidos en Zaragoza en noviembre de 1890? Entre otras cosas, el restablecimiento de la censura eclesiástica, no sólo en la prensa católica, sino también en los demás periódicos. Es probable que la medida no tuviera ningún efecto, pero si se hubiera aplicado, dice Clarín, habríamos regresado a los tiempos de Recaredo. Medidas de esta clase evidenciaban que «los obispos prefieren a los temperamentos de tolerancia y habilidad, la pasión de mando y los preceptos absolutos». El origen de tales *ukases* sacerdotales es aún el *Syllabus*, pues los obispos españoles prefieren a Pío IX antes que a León XIII. Para Clarín, la política de Pío IX era la de un creyente apreciado en su fe profunda pero débil y poco sagaz. «Hasta su cuasi misticismo es de forma negativa, como suele serlo el de las medianías que tienen siempre en los límites de su horizonte estrecho una recóndita

³⁵ *Madrid Político*, 14, 7-V-1885. En 1897, el obispo de Sión, que acaba de ser elevado a la cabeza de la diócesis de Madrid, le rinde homenaje póstumo a Canovas. Su discurso, parecido al de un conservador incondicional, suscita el siguiente comentario en Clarín: «Da pena ver mezclar la religión, el Evangelio en estas cosas. Da pena... y causa un poco de indignación. Para el de Sión, Cánovas era una especie de Constantino (...).

»Malos son los obispos que tiran al monte, y sacan el trabuco en vez del báculo; pero a mí me repugnan más estos otros que adulan al poder constituido y que, con pretexto de seguir las instrucciones de León XIII y las teorías teológico-políticas de Santo Tomás, medran que es un gusto y se arriman al sol que más calienta». (*La Publicidad*, 6.783, 30-VIII-1897).

aridez (...). Nuestros serios obispos, medianías también, y algunas nulidades en materia de espiritualidad (...) se parecen demasiado a peticionarios políticos, a conchuelistas de Gracia y Justicia»³⁶.

¿No pidieron en el transcurso del mismo congreso un milagro dinástico a la Virgen del Pilar? Decididamente, comenta nuestro autor, «estos obispos, que son más senadores vitalicios que apóstoles, podrán gobernar una cristiandad que les han dado hecha pero no serán capaces de hacer ellos otra»³⁷.

El congreso católico de Burgos en 1899 monopolizó la atención de Clarín, quizás a causa de los temas que allí se debatieron y sin duda también por sus preocupaciones religiosas, cada vez más profundas durante los últimos años de su vida. En todo caso, los tres largos artículos que dedica al acontecimiento constituyen una refutación inapelable de la tesis que sostiene que la posición de Leopoldo Alas en lo que respecta al catolicismo español se habría «dulcificado» o matizado.

Hay primero ciertas «reivindicaciones» más propias de una de esas Cámaras de Comercio que a partir de 1898 hacen tanto ruido³⁸, que de una reunión de prelados católicos. Clarín trata con ironía estas demandas de privilegios para el clero: «Piden esos benditos de Dios que no haya servicio militar obligatorio, por lo que toca a los pobrecitos seminaristas». «Piden, otro sí, que el clero esté exento de esos tributos ordinarios que le distraen de sus ocupaciones ultraterrenas». Además, los prelados reunidos en Burgos quieren demostrar que la Iglesia no está desligada de los intereses de la Nación: ¡recomiendan no desatender... la agricultura! La Iglesia apoya el «regeneracionismo agrícola», «de modo que vamos a tener también catolicismo...hidráulico». Cuando se piensa que Clarín se rió siempre de los «hidráulicos», los de verdad, se aprecia mejor la carga irónica del término aplicado al catolicismo. El tema le permite dar rienda suelta a su vena irónica: «Y ahí tienen ustedes al Padre Cámara bebiendo los vientos por los cereales, en un apostolado de pan llevar (...). El Padre Cámara, por lo visto, viendo que el pastoreo místico no produce bastante, da un paso más en el progreso de la civilización y llega al período agrícola de la Iglesia». Cuesta cortar aquí la cita, por eso damos algunas líneas más en nota aparte³⁹.

³⁶ *La Publicidad*, 4.636, 30-XI-1890.

³⁷ *La Publicidad*, 4.612, 6-XI-1890

³⁸ Vid. *Clarín político I*, pp. 79-85 y 467-500.

³⁹ *La vida literaria*, 11-VIII-1899. «El Padre Cámara... se siente Cámara... agrícola». Quiere también, el Padre Cámara, pantanos místicos, y se ha convencido de que hay más alfalfa que la del Padre Claret, y que en materia de plantas forrajeras hay que seguir con la química moderna aplicada a la agricultura». Sobre el Padre Claret, vid. *Clarín político I*, nota 3, p. 131.

Pero tras el distanciamiento irónico Clarín se acerca, pues como a todos los españoles, como a todos los creyentes le conciernen las posiciones del catolicismo oficial; entonces, el tono se vuelve grave. A fin de cuentas, dice, la Iglesia y el positivismo no están tan alejados como sus respectivas doctrinas podrían hacernos suponer. Mejor aún, la Iglesia «mira con ojos peores a los espiritualistas liberales que a los sensualistas del positivismo que, como Taine, le prestan argumentos contra la revolución y contra las aspiraciones metafísicas del racionalismo»⁴⁰.

Ahora bien, el congreso de Burgos es ante todo una asamblea política. Es la ocasión que tiene Clarín de mostrarse agresivamente contra la creación en España de un partido católico y de sindicatos católicos y de sociedades católicas de ayuda mutua y de «cualquier catolicismo limitado». España no es ni Bélgica ni Alemania; aquí, dice Clarín, todo el mundo se declara o se cree católico, aunque a los que no se afilian al partido católico se les considera fuera del catolicismo. Y a fin de cuentas, sólo se favorecerá la formación de una fracción⁴¹. ¡Desgraciadamente!, una fracción católico-reaccionaria es la que representan los prelados reunidos en Burgos, quienes se declaran siempre en guerra contra el liberalismo, como en los tiempos del *Syllabus*⁴².

Una condición para que el episcopado obedezca a la dinastía y reniegue de cualquier relación con el liberalismo: «Ya no cabe duda — exclama Clarín — para esos que quieren hacer del catolicismo ¡en España! un partido, tiene razón Sarda: el liberalismo es pecado». En su mensaje a la reina, los obispos manifiestan su más profundo desprecio por el sistema constitucional. Reclaman que se viole la Constitución y que se persiga a los no-católicos; dicen textualmente: «Queremos que se arroje de sus cátedras a los profesores que se separen de la enseñanza

⁴⁰ *Ibíd.*

⁴¹ *La Publicidad*, 7.522, 14-IX-1899.

⁴² La declaración final adoptada por los congresistas, y cuyos términos fueron sin duda alguna meticulosamente sopesados, no deja ninguna duda al respecto. Resulta chocante constatar que los prelados españoles se refieren todavía, en 1899, a las disposiciones más herméticas de Pío IX, como si León XIII no existiera, como si ignoraran la encíclica *Rerum Novarum* (1891).

«Una vez más que nuestra aspiración constante es el restablecimiento de la unidad católica, gloria antes de nuestra patria, y cuya ruptura es origen de muchos males, declaramos asimismo que deploramos todos los errores condenados por el Vicario de Jesucristo en sus constituciones, encíclicas y alocuciones, especialmente los comprendidos en el *Syllabus* y todas las libertades de perdición hijas del llamado *derecho nuevo* o *liberalismo*, cuya aplicación al gobierno en nuestra patria es ocasión de tantos pecados, y nos condujo al borde del abismo» (*Crónica del V Congreso católico español celebrado en Burgos el año 1899*, Burgos, 1899, p. 638. Citado por J. M. Cuenca, *o. cit.*, p. 297).

católica»; no piden, por el momento, «un gobierno hierocrático, pero hacen constar que a él tienen derecho y que si no se les obedece podrán valerse de su influencia sobre las almas católicas». En una palabra, no piensan más que en dominar y «disputan ellos palmo a palmo por sus privilegios temporales», quieren acabar con el supuesto error del liberalismo no por la fuerza de la sabiduría sino «por medio de la Guardia Civil que es quien hoy representaría a Constantino en el triste caso de un conflicto material con los pícaros liberales»⁴³. Tales palabras permiten comprender por qué se sepultó la memoria de Clarín en 1939...

El congreso de Burgos representa, para Clarín, la ocasión de proceder a una caracterización general de la Institución católica española, que alberga en sus estructuras un espíritu estrecho, materialista, formalista y, en suma, positivista en el peor sentido del término. El principal reproche que Clarín parece hacerle a la Iglesia española es el de haberse dejado invadir por los vicios y los pecados de la época: el materialismo y el utilitarismo, de tal modo que casi no se distingue de la corrupción circundante, mientras que debería ser ella quien abriese la vía a una regeneración ética. ¡Cuántas cosas podrían hacer los obispos...!, exclama en uno de los artículos citados anteriormente.

* * *

La crítica de la Iglesia española es, pues, constante de 1875 a 1901, pero es necesario decir que se ejerce a partir de una concepción religiosa auténtica de la que Clarín está impregnado cada vez con mayor fuerza, ya que la posición de éste se encuentra tan alejada de la intransigencia petrificada del catolicismo como del fanatismo de los que combaten todo espíritu religioso. Esta idea fundamental, sobre la que nos extenderemos más adelante, no debe perderse nunca de vista si se quiere comprender la verdadera altura religiosa de Alas. Ésta es la idea que él formula de forma explícita a propósito del Congreso burgalés: «Cuando más religioso se sea (y yo no creo racional ningún modo de vivir, no siendo profundamente religioso), más repugnante es el espectáculo de estos míseros *positivistas prácticos y vulgares*, apoderados de la cáscara vacía de una gran institución histórica»⁴⁴.

Pero Clarín, como sabemos, no es un utopista que se aisle de la sociedad en la que vive; su combate, pues se trata realmente de una

⁴³ *Vida Nueva*, 71, 15-X-1899.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 71.

lucha, se sitúa en el contexto histórico de su tiempo. Eso le permite juzgar con sinceridad y pertinencia los problemas de su tiempo. Volviendo al tema de la política religiosa de la Restauración, más prosaicamente hay que tener en cuenta el balance que en 1899 L. Alas hace de la política de Cánovas. La política de éste último, que deseaba atraerse a las fuerzas tradicionalistas al terreno liberal, fue un fracaso, a no ser que su maniobra se haya limitado a una astucia estratégica con el fin de dividir al enemigo. Clarín no lo cree, quiere pensar que Cánovas estaba guiado por una idea superior, de lo cual se puede dudar dado el carácter eminentemente pragmático del artesano de la Restauración. Sea como fuere, para Clarín, el mayor error fue confiar la aplicación de tal política a ese «falso tribuno católico» que es Alejandro Pidal, ya que éste «creyó que se trataba de repartir un botín».

Los elementos más genuinamente tradicionalistas rechazaron esta humillante transacción y en lugar de unir al cuerpo de la patria un miembro que se separaba «lo que se consiguió fue subdividir ese miembro en partes, que se arrojaron una contra otra en implacable guerra». En esta lucha, los incorruptibles exageraron su intransigencia hasta el punto de olvidar toda caridad; en cuanto a los *mestizos*, se entregaron a miserables comedias políticas⁶⁵. Los sacerdotes también se repartieron entre los dos bandos pero, en general, la jerarquía entró en el juego corrompido del sistema canovista. Tanto que al final del siglo la situación religiosa en España ofrece un espectáculo desolador con un catolicismo de Estado, por un lado, y por otro una juventud que se aleja cada vez más de la religión, que no cree en nada o, como mucho, en Kropotkine⁶⁶.

El clero

Resulta evidente que la Iglesia es lo que es, con sus vicios y defectos, porque los hombres que la integran son como son, con sus vicios y defectos. Este esquema parece irrefutable y, sin embargo, resulta demasiado simplista, precisamente porque no tiene en cuenta la

⁶⁵ *La España Moderna*, XI, XI, 1889; *Ensayos y Revistas*, pp. 192-204.

⁶⁶ *Madrid Cómico*, 31, 5-V-1900. «Pues, señor, estamos frescos. Por un lado obispos y canonges que cobran un dineral; nos cuesta la piedad del Estado muchísimo más que la Instrucción Pública; además, si le dice Vd. a cualquier presbítero con buenas aldabas, que nunca llama a Dios bueno hasta después de comer, se expone Vd. a ir a la cárcel.

Y por otro lado, tiene Vd. a esa juventud literaria e impía que sólo cree en la paz de los sepulcros, o a todo más en Kropotkine».

dimensión histórica del problema. Cuando Clarín denuncia sin contemplaciones a los «malos curas», se podría pensar que olvida que estos hombres pertenecen a una institución que no los predispone a ser de otra manera. No hay nada de eso y constituiría un error abordar así la cuestión.

Clarín nunca olvida que la Iglesia es una institución que vive y se perpetúa en la historia y que desde Constantino está y se ha sometido a las fluctuaciones de un poder temporal en el que siempre ha aspirado a participar. Consecuentemente, los hombres que la configuran en un momento dado de su historia están condicionados por una cierta forma de ser de la Institución en dicho momento, lo que, para nuestro autor, no es en absoluto una excusa⁴⁷. Ésta es la razón de que las dos tendencias que dividen a los católicos durante la Restauración: por una parte los irreductibles, carlistas, ex-carlistas, integristas, y por otra los que entran en el juego político, los *mestizos*, adeptos de la Unión Católica, hayan engendrado dos tipos de sacerdote bien distintos. En 1876, Clarín apunta que existen dos tendencias en la religión: «La tendencia mística, sensual y la tendencia milenaria, terrorífica; ambas tienen un ancho campo en que espigar: la primera es para las damas nerviosas, de corazón sensible, entusiástico y propensas a las cavilosas y encrucijadas de los sentimientos alambicados; la segunda es la que en las aldeas y pueblos de menor importancia produce motines, levas carlistas y palizas a los liberales; San Pedro saca más dinero de aquélla (si es que no se le calumnia en eso de la limosna); de la última obtiene Don Carlos su contingente de guerra»⁴⁸.

En la primera categoría se sitúan los predicadores de gabinete, los que tienen su auditorio en la sociedad elegante de Madrid, esa *gentry* que se cita en las iglesias y que escoge San Ginés o San Luis como escaparate de modas.

¿Qué cualidades exige esta sociedad a un predicador para aceptar? Debe ser «guapetón, fornido, coloradote; un Hércules bajo un balandrán, mejor, Aquiles con la ruca y disfrazado con faldas»⁴⁹. Se

⁴⁷ «Cada hombre es inseparable del estado del universo en el momento en el que vive». Clarín hace suya esta idea de Renan y subraya su importancia en todos los ámbitos: en política, religión, economía, arte... (Introducción a la obra de Thomas Carlyle: *Los héroes. El culto de los héroes y lo heroico en la historia*, traducción directa del inglés por D. Julián G. Orbón, profesor de lenguas, con un prólogo de D. Emilio Castelar y una introducción de D. Leopoldo Alas (Clarín), Madrid, Manuel Fernández y Lasanta, 1893, tomo II, p. 25)

⁴⁸ *El Solfeo*, 139, 9-I-1876; *Preludios*, pp. 41-42.

⁴⁹ *Ibid.*

apreciará que este fugaz retrato prefigura ya en 1876 los rasgos físicos esenciales de don Fermín de Pas, el Magistral de *La Regenta*.

En cuanto al tipo de sermón requerido por tal sociedad, merece la pena detenerse un instante en lo que afirma nuestro autor.

«No importa que nuestro curita sepa menos que medianamente las Sagradas Escrituras(...). No, no es la severidad del Antiguo Testamento ni la sencillez práctica del Nuevo lo que al buen predicador de *boudoir* le hace falta; para él sirven de Evangelio *El genio del cristianismo* y otras obras *eiusdem furfuris*, donde se dicen cosas tan estupendas como aquella de que debemos tragar los misterios, aunque sólo sea por el incentivo de la curiosidad no satisfecha; obras donde lo cristiano sólo pasa a condición de ser bonito; obras donde la religión se hace entrar por los ojos y los oídos como si fuéramos caribes (y ni aun así). El orador de este género debe propender al misticismo, pero sin llegar a esas últimas *moradas* donde se ve a Dios cara a cara, y nada más que a Dios.

«En este *gradus ad Parnasum* del misticismo, hay lugares y escalones mucho más cómodos, compatibles con los salones de las marquesitas y las *bomboneras* de las duquesas.(...) El orador describe un cielo a medida del deseo del auditorio femenino que le escucha. Cielo de ruidos y colores, músicos resposos, tramoya y encantamiento, molicie espiritual, voluptuosidad suprasensible... en una palabra, *una bombonera mucho más grande*». Y la fina sátira prosigue en el mismo tono irónico con unos consejos para los que quisieron incluirse en el círculo de los elegidos para disfrutar de semejante dicha⁵⁰.

Este tipo de sacerdote que se adapta a su medio para servir a una religión a la moda será siempre objeto de censura para Clarín. Mas resulta interesante observar que en 1876 la crítica se emprende bajo el manto de una graciosa ironía, como si Alas se divirtiera viendo un espectáculo que le queda bastante lejos, mientras que más tarde menciona la misma categoría de personajes pero con un tono de grave reprobación. Ignoremos el retrato que hace de los hombres de Iglesia

⁵⁰ «¿Cómo se logra tanta felicidad? Pues es muy sencillo: se hace Vd. cofrade del 'Amor Hermoso' y del 'Dulcísimo Corazón', paga Vd. a tocateja el dinero de San Pedro y los dineros del Sacristán, que son los que cantando se vienen y cantando se van... Compra Vd. libritos místico-estúpidos sensuales, cuyo título suele ser: *Lavativa espiritual* (histórico), *Jesús, Hostia, Itinerario de Jesús* (histórico) (...) y con todo esto firmar la unidad católica y almacenar media docena de botellas de agua de Lourdes, ya no tiene Vd. más que caerse muerto, porque vendrán los angelitos enseguida y le llevarán de justicia en justicia a la presencia del Padre Eterno, al cual no le queda más que refrendar y poner el visto bueno a lo acordado por el presbítero, su representante, acerca de los míseros mortales...» (*El Solfeo*, 138, 17-I-1876; *Preludios*, pp. 45-47)

en *La Regenta*, pues la imparcialidad del escritor naturalista no autoriza la toma de posición de éste si no es a nivel del tono, y fijémonos en un artículo de 1899: «Me repugnan a mí los prelados cucólogos, llenos del mundo hasta los tuétanos, que son obispos como podían ser jefes del negociado; sin unción, sin más que un afán inmoderado de ejercer el *imperio* de ser sacerdotes de ópera seria; amigos de meterse en todo, de mangonear en los intereses puramente terrenales. Éstos no son fanáticos; transigen hasta cierto punto, por mandar»⁵¹.

Y en 1891, a propósito del Padre Muiños, declara que no le parece bien que, para ejercer una influencia en el siglo, descienda «hasta copiar la vida frívola, disipada, insignificante, tediosa, cursi del vulgo letrado, de los chupa-tintas de los periódicos»⁵².

El sacerdote que quiere imponerse en la buena sociedad, como el que intriga en los pasillos de la política, se sirven de la religión, quizás en beneficio de la Iglesia, también según el caso, un poco por ellos mismos, pero no se preocupan de la religiosidad profunda, auténtica. Entre ellos se encuentran los partidarios de la *Unión Católica*. Hemos visto que Clarín siente más respeto por los carlistas, porque son sinceros, aunque fanáticos y peligrosos, que por los que son como Pidal. Así pues, no nos sorprenderá que Clarín confiese en 1876 que siente más simpatía por «el corifeo, agreste, huraño, capaz de empuñar un fusil, disparar una excomunión, escribir un artículo en *El Siglo Futuro*». El cura que recomienda el ayuno, la flagelación es «más austero y timorato» que el cura que evoluciona con los tiempos, pero nuestro autor prefiere al primero, pues, dice quizás con ironía, «está más en carácter»⁵³.

En 1894, Clarín reitera la idea, de la cual fue su ilustración *La Regenta*, de que lo que mejor revela la decadencia del sentimiento religioso es la multitud de sacerdotes que, a todos los niveles jerárquicos, «viven completamente entregados a los intereses del mundo sin disimular siquiera su positivismo práctico». Estos hombres de iglesia pueden tener talento para triunfar o hacer carrera pero se hallan totalmente desprovistos de grandeza de alma⁵⁴. Entre éstos últimos hay que situar a ciertos apologistas católicos que amontonan sus pruebas como hacen los abogados durante un proceso. Clarín cita al Padre Cámara y al Padre Mir, para quienes el pensamiento no es una luz sino un arma de fuego para la polémica, que a veces parece un «mos-

⁵¹ *La Publicidad*, 7.522, 14-IX-1899.

⁵² *Madrid Cómico*, 462, 26-XII-1891; *Palique*, pp. 249-251.

⁵³ *El Solfeo*, 138, 17-I-1876.

⁵⁴ *La Publicidad*, 6.783, 30-VIII-1897.

quete» por la dulzura de las formas y la perfidia de la táctica. Esta categoría de apologistas ha causado grandes perjuicios a la religión cristiana, pues «no van en busca de la verdad sino de la victoria»⁵⁵. A Clarín le entristece constatar, puesto que es un signo evidente de decadencia religiosa, que aparte del Padre Zeferino González (del cual hablaremos) no existen en la España de la Restauración verdaderos filósofos católicos.

Una de las manifestaciones más prosaicas de este «espíritu positivista», tan extendido entre las gentes de Iglesia, es la preocupación económica.

Ante estos canónigos gordos y grasos, curas ventripotentes, Clarín encuentra uno de los tópicos del anticlericalismo tradicional. Encontramos aquí y allá, en el transcurso de los años, agudezas estilísticas del tipo: «El reverendísimo y bien alimentado [Cardenal Moreno] escribe a los reverendos y nada magros obispos y arzobispos a su mando...»⁵⁶, o algunas buenas palabras como éstas: tratándose de un sacerdote llamado Robustiano, Clarín precisa «redundancia inútil, pues siendo padre se supone que ha de ser robusto»⁵⁷.

Después de un encuentro entre el Cardenal Moreno y el ministro Romero Girón, se publicó un comunicado que decía que ambos habían quedado satisfechos con la entrevista. Lo que da lugar a un comentario de Clarín: «Ya lo creo. El uno cobra 6.000 duros y el otro 6.000 parroquias vacantes, con que ya pueden estar satisfechos», y añade irónicamente: «De todos los milagros de Cristo el de más eficacia fue el de los panes y de los peces. La barca de Pedro no zozobrará... mientras tenga víveres»⁵⁸.

¿Qué pensar, entonces, del clero regular que hace la competencia a las tiendas de comestibles y ofrece su chocolate o sus bebidas? «Malo es un jesuíta que penetra en el fondo de nuestro espíritu y nos roba la libertad. ¡Pero ojo también a ese fraile que [es] de chocolate monstruoso, digámoslo así, y asegura en un anuncio que sin el Guayaquil de su convento no es probable la salvación ni fácil evitar las muertes repentinas!». Ahora los benedictinos fabrican bebidas alcohólicas... Estos frailes, «que abundan, que pululan por esas calles, generalmente tienen las señas personales del clérigo de Tirso:

⁵⁵ *El Imparcial*, 29-XII-1894.

⁵⁶ *El Progreso*, 308, 6-III-1882.

⁵⁷ *El Progreso*, 323, 21-III-1882.

⁵⁸ *La Publicidad*, 1.771, 7-II-1883.

Lucio, grave, carilleno,
mula de ventidoseno,
el cuello torcido a un lado (...),

no son más que vagos con bula... holgazanes autorizados por un breve... Pues lo más grave es ponerlos a trabajar en casos de sustancia».

Estas cosas, según Clarín, no tienen nada que ver con la religión: «Qué tiene que ver Cristo con esa gente». Sin embargo, «hay muchos que con toda desfachatez dejan ver a la legua que lo que menos les importa a ellos es Dios; que quieren el culto como un arma, una dominación, un resorte temporal para adquirir poder, goces terrenales»⁵⁹.

Sin salirnos del ámbito económico, un tema preferido por nuestro autor, al menos durante los primeros quince años de la Restauración, es el que consiste en contraponer al cura bien alimentado con el famélico maestro de escuela; imagen de Epinal, cierto, pero muy representativa de una situación real. El presupuesto que el Estado consagra a su Iglesia es infinitamente superior al que destina a la enseñanza. Hemos comprobado en *Clarín político II* que nuestro autor denunció energicamente dicha aberración⁶⁰.

No obstante, conviene precisar que en lo concerniente al sustento que el Estado debe aportar para los cultos, para todos (y no sólo el católico), su posición radical, de absoluta separación entre Iglesia y Estado desde los años 1875-78...⁶¹, se matizó notablemente, al menos a partir de 1889. Durante la última década del siglo Clarín preconiza con el rigor acostumbrado una reforma de la Iglesia. Hace falta dinero para mejorar el sistema de enseñanza⁶², es necesario, por lo tanto, reducir los gastos de la Iglesia. Para esto, hay que suprimir el clero parásito e inútil, «poner tasa a la fábrica de los seminarios para que hubiere muchos menos sacerdotes». Hay que suprimir también un gran número de obispos; así, el Estado podría pagar al clero reducido y no habría más curas mendicantes. Sería oportuno, incluso, enviar algunos seminaristas al extranjero para que aprendan «cómo se

⁵⁹ *El Heraldo*, 22-II-1901. Podemos encontrar también una crítica de las monjas confiteras en Armando Palacio Valdés, amigo de Clarín: *Obras completas*, I, Madrid, 1968, p. 516. Crítica divertida y benévola, bien distinta de la acerba ironía empleada por Clarín para denunciar tales actividades económico-religiosas.

⁶⁰ Vid. *Clarín político II*, pp. 60-62.

⁶¹ Prueba de la existencia de Dios en 1875: «Así como Descartes dijo: 'Pienso luego soy' y Heine con más profundidad: 'Beso, luego soy', los curas pueden decir: 'Cobro, luego hay Dios'» (*El Solfeo*, 67, 6-XI-1875).

⁶² Vid. en qué sentido consultando *Clarín político II*, pp. 95-101.

es obispo en Estados Unidos, por ejemplo, cómo un Ireland es buen católico siendo tolerante y liberal»⁶³. En España sobran curas, sobre todo en las ciudades: «En las poblaciones importantes, de vida cómoda y distraída, se aglomeran zánganos de seminarios que deberían estar incluidos en una ley de vagos». Habría que enviar a las montañas, a los pequeños pueblos donde pueden ser necesarios «a muchas de esas levitas que no hacen más que oscurecer y entristecer los paseos y calles de las ciudades»⁶⁴. En el artículo citado, Clarín refiere que uno de los defectos que encontraba Menéndez Pelayo a *La Regenta* era la excesiva abundancia de curas: «Entristecen el libro», decía don Marcelino. Clarín responde: «Es verdad. Pero es que hacen lo mismo con el mundo». El fragmento que sigue merece citarse íntegramente:

«Por lo mismo que la misión del sacerdote es tan noble, tan grande, tan difícil, molesta ver esta multitud de sotanas, ese rebaño de lana negra, inútil, que vaga por las ciudades españolas. Sabemos que los más de esos clérigos no hacen más que comer, dormir, decir su misita, pasearse, fumar y buscar buena colocación. No hablo de los que además de viciosos, gente perdida que, a mi juicio, son los menos. Pocos. Los más no son jugadores ni moceros, ni borrachos; son personas de *buenas costumbres*, que se tratan bien si pueden, que leen *El Liberal*, *El Herald*o, como cualquiera, que se portan —en fin— como caballeros particulares, muy dignos de respeto... Pero, ¿basta eso para ser un buen sacerdote? ¿No sobra el cura que no hace más que eso? Al campo, al campo...»⁶⁵.

Además, la mayoría de estos clérigos, buenas personas al fin y al cabo, han recibido en el seminario una supuesta enseñanza *modernista*. Se ha querido hacer de ellos unos «sabios», capaces de discurrir por todas las escenas divinas y humanas. Si uno se toma la molestia de ojear los programas de enseñanza de algunos seminarios puede percatarse, nos dice Clarín, de que se tiende sobremanera a «deslumbrar y engañar al público», pues alguno de los aspectos del saber humano se omite. «Se pretende estudiar allí la ciencia de Dios, en su filosofía, la teología católica en sus muchas ramas; la filosofía natural, psicología, física, química, zoología, botánica, geología, antropología, arqueología... y ahora parece que también sociología, sin contar las matemáticas, astronomía, jurisprudencia que también van comprendidas en esos ambiciosos cuadros y varias lenguas muertas. Y todo ello en siete

⁶³ *El Globo*, 23-IV-1894. Sobre Ireland y el catolicismo en los EE.UU., vid. pp. 362-364.

⁶⁴ *La Publicidad*, 6.783, 30-VIII-1897.

⁶⁵ *Ibid.*

años». Ahora bien, los profesores encargados de transmitir todo este saber moderno son unos clérigos que no tienen ni la preparación suficiente ni disponen del tiempo necesario para estudiarlo y explicarlo. De forma que se obtiene un saber parecido al que los eruditos del agua de rosa pueden llegar a adquirir en una semana.

El resultado de todo esto no es otro que la pedantería: el seminarista «se cree un Salomón», «pero no es eso lo peor. Muchachos pedantuelos y que creen llevar la borla del doctor y llevan la caperuza de Sancho, también salen de las Universidades... mas en éstas, por lo común, no se les enseña el espíritu de intransigencia, de exclusivismo intelectual que en el seminario es de rigor. El seminarista pedante es pedante en nombre de la Sagrada Escritura [...] Se le ha enseñado que las escuelas y temas que se apartan de la ortodoxia son el error y el pecado, que la enseñanza eclesiástica es inefable en lo principal, y que de los estudios científicos, profanos sólo son buenos aquéllos que se pueden concordar con *La Biblia* y la tradición eclesiástica». Para Clarín, las consecuencias de esta enseñanza que, en un espíritu intransigente y absoluto, desarrolla, sobre todo la vanidad, la autosuficiencia y el desprecio, son muy graves. «Para el clérigo moderno, el liberal, el ortodoxo es un malvado, eso sí, como siempre; pero además y sobre todo, un ignorante, un necio, un majadero que no cree por lo tonto que es, por lo poco y mal que ha estudiado». Entre los curas modernos el fanatismo tiene un carácter de «repugnante intelectualismo»⁶⁶. ¿Un ejemplo? Poco después de la muerte de Castelar, Monseñor Pozuelo, obispo de Córdoba, calificó al tribuno de ignorante y charlatán. Nada mejor para que Clarín retomase su verbo satírico de los años 1875-80 y se explaye a gusto: «¿Quién es Pozuelo? Por lo pronto, no es un Pozuelo de ciencia. Es un charco de misa y olla.

*No se las dé de profundo,
siquiera en diminutivo,
porque es un espumarajo
teológico somerísimo.*

(...) Ese Pozuelo negro, de seguro no nació pervertido, como hoy le vemos. Donde esos Pozuelos y otros lodos se echaron a perder, se convirtieron en aguas putrefactas y estancadas, es en el seminario»⁶⁷.

⁶⁶ *La Publicidad*, 7.532, 24-IX-1899.

⁶⁷ *Ibid.*

Se puede comprender que tales palabras hayan podido suscitar reacciones airadas por parte del «sector intransigente». Se han estudiado mucho las polémicas literarias de Clarín pero son menos conocidas sus pullas, a menudo muy vivas, hacia los defensores de la ortodoxia católica. Como anécdotas, muy significativas por otro lado, mencionaremos algunas más adelante.

Todas estas razones: inflación eclesiástica, falsa ciencia enseñada en el seminario y sobre todo espíritu intransigente y fanático que se perpetúa en la institución eclesiástica, impiden que la Iglesia sea como debería ser: una corriente de pensamiento y sentimiento religioso. Pero es una Iglesia que se ocupa del reclutamiento cuando esto debería ser competencia de las mentalidades y la sociología. Se entra en las órdenes como se entraría en la administración: para ganarse la vida y, de paso, hacer carrera.

La mayor parte de los seminaristas carecen de grandeza de espíritu y resulta bastante difícil hablar de vocación. De entre ellos, los hay con talento: éstos serán obispos o incluso arzobispos. Estos hombres, subraya Pérez Gutiérrez, contribuyen a la perversión de la misión de la Iglesia y hacen «imposible el hallazgo e identificación del amor verdadero»⁶⁸. El Magistral de *La Regenta* es el ejemplo más explícito de este tipo sociológico de sacerdote totalmente desprovisto de vida espiritual —pero no de talento— que se ha ordenado para escapar a su condición de campesino. En 1897, en un artículo aparentemente desconocido, Clarín analiza tan grave problema.

A fin de cuentas, dice, una gran cantidad de seminaristas no son más que obreros que desertaron del taller o del campo. La Iglesia recluta la mayor parte de los sacerdotes de entre las clases pobres, sobre todo entre los campesinos. «Y esto que podría ser motivo de honra, una provechosa levadura democrática, no lo es porque no se trata de impulsos nobles, de fe fecundada, las más de las veces, sino de expedientes que buscan el espíritu de holganza y de ambición para huir de la dura ley del trabajo penoso»⁶⁹. «No es la mejor y más sana parte del elemento

⁶⁸ Pérez Gutiérrez, *O. cit.*, p. 308.

⁶⁹ Es interesante citar a este respecto el testimonio de A. Pestaña, quien cuenta por qué su padre quería hacer de él un cura: «Hombre práctico, quería que su hijo no fuese un burro de trabajo, como lo había sido él —eran sus palabras— y concibió la idea de hacerme estudiar para cura. Cierta que mi padre era deísta, naturalmente, como todo buen español de aquel tiempo; pero no creía en los curas, en la Iglesia ni en los ritos que ésta imponía (...) Y si me quería hacer estudiar, era porque, como él solía decir, el [ser] cura era un oficio como el ser minero, albañil o carpintero, aunque bastante más lucrativo. Yo trabajo 12 ó 13 horas para ganar 14 reales —sentenciaba—, y un cura, echando una bendición y diciendo unas palabras que nadie entiende, gana 5 duros. Esto es todo». (*Trayectoria sindicalista*, Madrid, 1974, p. 81. Citado por J. M. Cuenca, *O. cit.*, nota 23, p. 289).

popular, de las clases humildes del campo y del taller, la que acude al seminario; es la parte más ambiciosa, la que en vez de luchar por el interés común de los suyos, aspira a dejar su clase y llegar a la de los señoritos poniéndose la sotana que tiene categoría de levita.

Cuando estos aldeanos, cuando estos pobres que quieren ser señores no [aspiran] a elevar a la clase, sino elevarse a ellos, llegar a canónigos, a obispos, son... como todos los de su índole. Gozan con el señorío lo que no pueden gozar los que han nacido entre las comodidades de la clase burguesa o de la aristocracia.

Estos obispos que fueron criados, labriegos, que tuvieron hambre, son *luchadores por la existencia* terribles, porque gozan mucho más que nosotros con *ser amos*, con tener jurisdicción, dinero, honores...»⁷⁰.

No nos es posible abandonar esta última parte de la cita sin comentarla. Quizás Clarín esté obnubilado por algunos ejemplos concretos por él conocidos. Querer explicar la decadencia del espíritu religioso ante todo por la entrada de las clases «bajas» en la institución religiosa, por la invasión de los bárbaros, no parece suficiente. Este espíritu de dominación puede, a título compensatorio, encontrarse en el nuevo rico, como es sabido, pero ¿no es algo natural en el burgués o en el aristócrata? ¿Estos obispos o arzobispos de los que Clarín denuncia su espíritu de dominación y que se llaman Cámara, Moreno, Pozuelo..., surgen todos de las gentes del campo? ¿Acaso ha olvidado que San Francisco de Asís, el santo a quien Clarín más venera —quizás no por haber sido canonizado sino porque lo fue ya en vida— era hijo de un pañero?

Algunos prejuicios de clase, cierto espíritu elitista, desagradable en algunos casos por estar fuera de lugar, y sobre el cual volveremos, desvirtúan a veces el juicio de nuestro autor. Sin duda sería éste uno de los raros reproches que podríamos hacerle... si nuestra tarea consistiera en juzgarlo.

Todas estas críticas sin concesión que Clarín le hace a la Iglesia católica pueden hacernos pensar que se trata de un reformador católico que quiere purificar la institución, y, sin embargo, se declara *no-católico*, incluso en la última parte de su vida. Veremos que hay un margen dogmático en el catolicismo que su razón no llega a franquear.

Desde un punto de vista estrictamente histórico, la Iglesia se comporta como una institución que defiende su posición y sus privilegios y no es de extrañar, después de lo que acabamos de decir, que con-

⁷⁰ *La Publicidad*, 6.783, 30-VIII-1897.

serve nostalgias inquisitoriales que se concretan en persecuciones y prácticas oscurantistas.

Secuelas inquisitoriales

La Iglesia española se caracteriza durante este período sobre todo por su absoluta cerrazón cultural y sus posicionamientos negativos ante todo progreso racional y científico. Según Clarín, incluso la nueva orientación dada por León XIII, esta tímida búsqueda de armonía con el mundo exterior, es considerada como debilidad frente al enemigo por un amplio sector del catolicismo español. Así es al menos para los integristas y ex-carlistas, que no renuncian a su grito de guerra: «El liberalismo es pecado»; en cuanto a los que, en mayor o menor medida, están influenciados por la Unión Católica, parece, si seguimos a nuestro autor, que permanecen atrapados por el peso de un pasado de intransigencia, como atestiguan, por ejemplo, las posturas del Congreso de Burgos. Por eso, se puede afirmar que en los hechos, si no en las intenciones, el reloj de los católicos españoles se ha detenido con Pío IX en la hora del *Syllabus*.

Esto es, al menos, lo que experimenta Clarín, como lo prueba el conjunto de su producción periodística. Convendría distinguir en ella lo que corresponde al período militante madrileño donde defiende ardorosamente el libre-examen y el principio de la libertad de cultos, atacando con las armas ya conocidas: ironía, sarcasmo... las posturas de *neos* y carlistas. Bien es verdad que de 1875 a 1882 ataca, mientras que durante el resto de su vida denuncia; si la diferencia es sensible en cuanto al tono, lo es mucho menos en cuanto a la postura, ya que siempre es la de luchar contra la intransigencia, el fanatismo o el abuso.

Durante los primeros años de la Restauración, la postura de la Iglesia no se diferencia en nada de la de los escritores o «pensadores» tradicionalistas; éstos últimos no son más que los defensores del orden católico-social secular. A partir de los criterios negativos de este orden se toman posturas contra cualquiera que se aparte de la norma. No hay, pues, posibilidad de distinción entre las posturas de la Iglesia y las de sus defensores laicos. Al menos Clarín no los distingue durante los cinco o seis primeros años de la Restauración: en frente no hay más que un bloque católico-reaccionario, lo que es significativo, como vimos, de la colisión entre Iglesia y política⁷¹.

⁷¹ Vid. *Clarín político II*, pp. 137-148.

En 1876, Clarín trata de explicar a los lectores de *El Solfeo* por qué los «filósofos» tradicionalistas, como Barrantes o Nocedal, aborrecen la filosofía contemporánea en general y el krausismo en particular. En la época en que estos «pensadores» estudiaban, la filosofía era *terra incognita* en España, la ciencia positivista era un mito y «quedaban para pasto del pensamiento la teología dogmática (falsa ciencia), el derecho de *piedra*, el de la letra que mata (...) De aquí, los discursos de estos santos varones, axiomas absurdos en materia de justicia, de filosofía, de ciencias (...) y por contera un odio implacable contra todo lo nuevo, contra todo lo seriamente científico»⁷².

Esta posición retrógrada es defendida por *El Siglo Futuro*, no con las armas pero sí con toda la fuerza de su fanatismo y de su ignorancia. Persigue con sus furibundos ataques a la *Institución Libre de Enseñanza* y sólo consigue probar «su procedencia africana y su fanatismo asiático, [y] demuestra de paso que del mundo civilizado no tiene noticia»⁷³.

La «alta» filosofía tradicionalista se confunde con la enseñanza de la Iglesia. Es lo que se desprende de un artículo donde resume con tono humorístico e irreverente la filosofía del Padre Zeferino González. Este texto es de 1875, y conviene tenerlo presente, pues tendremos ocasión de ver cómo quince años después el Padre Zeferino será uno de los pocos prelados españoles que sean de su agrado. «Hay Dios, y ese Dios es Providencia, y esa Providencia es señaladamente católica, apostólica y romana. Estudien en buena hora los filósofos de la historia, las leyes biológicas de esta pobre humanidad que desde el mordisqueo de Adán no volvió a levantar cabeza (...) El Padre Zeferino ha demostrado de una vez para siempre que quien más mira menos ve, que la filosofía no puede conocer la ley de la historia y que sólo a nuestra santa Madre (la Iglesia) le cabe el honor de penetrar en los misteriosos planes del que dirige esta fábrica de la inmensa arquitectura que dijo Lope»⁷⁴.

Ahora bien, esta concepción estereotipada que impide al hombre toda iniciativa, toda libertad y que es la negación del progreso humano fue severamente minada por la revolución de septiembre de 1868, que trajo «esta anarquía celestial» que es la libertad de pensamiento y la libertad de examen. Restablecido el orden con el regreso de Alfonso XII, «es necesario colocar de nuevo el cielo en su sitio». Ésta es la razón de que el Consejo de Instrucción Pública decida en

⁷² *El Solfeo*, 209, 29-III-1876.

⁷³ *El Solfeo*, 754, 10-II-1878.

⁷⁴ *El Solfeo*, 116, 25-XII-1875.

1876 el restablecimiento de la Facultad de Teología. Es imprescindible, comenta irónicamente Clarín, pues la impiedad va ganando terreno. ¿No se ha dejado seducir el mismo Cánovas por el kantismo? Desde que el Padre Astete, autor del célebre catecismo, «ya no dirige la doctrina de cada cual, todo se hace positivismo y panteísmo»⁷⁵. Permítasenos, de paso, recordar que la Providencia, que piensa en todo, había revelado al Padre Astete que los cuatro infiernos estaban situados... ¡a la izquierda! ¿Qué teología se enseñará en la nueva Facultad de Teología, la racional o la dogmática? La primera es el resultado de la reflexión de los hombres, la segunda obra de Dios. El Padre Eterno inspira a los santos padres y habla cuando por la boca de San Agustín, cuando por la de Santo Tomás, o la del Padre Sánchez... «En cambio cuando el hombre, con sus pequeñas fuerzas y nada más, se echa a discurrir parece como que Dios le castiga cegándole y cerrando los oídos a todas sus preguntas»⁷⁶.

Es, pues, con toda seguridad la teología dogmática la que tendrá su lugar en los anfiteatros universitarios. Así, se da carácter oficial a «todo un programa de ultramontanismo, un ataque al libre examen y una condena de la ciencia moderna». Después de la condena en tono serio surge la vena irónica, como a menudo ocurre en estos años de ardor juvenil, un pequeño y animado cuadro. «El padre *Flatus Vocis*, pongo por padre, calado el gorro, caladas las gafas, a guisa de visera, sacará de un bolsillo la caja de rapé, no menos tradicional que sus convicciones, y abriendo el descomunal infolio en que yacen las sabias consejos de los remotos tiempos:

irá, entre polvo y polvo, señalando
los tres sentidos del sagrado texto».

El pobre estudiante aprenderá entonces que «Dios hizo el mundo en seis días, ni uno más ni uno menos, y que lo hizo él, de su propio puño y letra, o mejor con su palabra». Podemos observar la forma irreverente con que Clarín se burla de los dogmas. «Como la teología dogmática pretende saber cuanto hay de tejas arriba y de tejas abajo, querrá meter una mano y aun las dos en toda materia *deible* y ¡ventura sin igual! dentro de poco aún volveremos a negar que el mundo da vueltas»⁷⁷.

⁷⁵ *El Solfeo*, 264, 24-V-1876.

⁷⁶ *El Solfeo*, 265, 25-V-1876.

⁷⁷ *El Solfeo*, 268, 28-V-1876.

Este sentimiento fingido o sincero de estar en posesión de la verdad absoluta, la verdad revelada, está presente en todos los neo-católicos, ultramontanos, carlistas... sean clérigos o laicos, escritores, críticos o enseñantes. Además, muy a menudo está unido a un sentimiento de superioridad insoportable. Es este sentimiento el que intenta fortalecer la enseñanza enciclopédica que se da a los seminaristas, como vimos anteriormente. Para Clarín, este tipo de pedantería religiosa que consiste en considerarse familiarizados con todo lo que ocurre en el cielo es francamente repugnante («da asco»)⁷⁸.

¿Cómo ven, por ejemplo, los novelistas *neos* Pereda o Alarcón a los defensores del libre-examen? En sus obras nunca representan a los partidarios de la libertad de pensamiento como a hombres que creen en Dios sino siempre con rasgos de materialistas groseros, viciosos y desprovistos de conciencia⁷⁹. Los liberales, por el contrario, jamás negaron el valor indiscutible de un Donoso Cortés o de un Padre Zefirino González, aunque atacaran sus ideas.

Este sentimiento de superioridad teológica podría decirse que es la fuente de la intolerancia y del fanatismo, de una cierta clase de inquisición en alguna medida.

* * *

Se precisa valor para arriesgarse en 1876 a proclamar la libertad de culto: era arriesgarse a la excomunión y en España «una excomunión todavía puede influir en el ánimo de las gentes y dejarle a uno sin novia, pongo por caso»⁸⁰. Tampoco se puede ser liberal, dice Clarín, a principios de la Restauración sin ser acusado de ateo y «ser ateo en estos tiempos es muy peligroso, casi tanto como ser liberal(...), los liberales son unos *puercos de Epicuro*»⁸¹.

En algunos artículos, al comienzo de su carrera el periodista Clarín se deja tentar por la reelaboración literaria de hechos o situaciones perfectamente verosímiles. El verbo, la ironía, la burla, el sarcasmo son armas que deben pinchar al adversario y divertir a los «correligionarios», como él designa irónicamente a los demócratas, librepensadores y otros «libre-carlistas». Sería arduo citar ahora todo el articulario de este tipo. Conozcamos el resumen de un artículo: estamos en la Facul-

⁷⁸ *El Porvenir*, 67, 18-III-1882.

⁷⁹ *Los Lunes*, 2-III-1880. Vid. también *Clarín político II*, pp. 141-142.

⁸⁰ *El Solfeo*, 162, 10-II-1876.

⁸¹ *El Solfeo*, 117, 27-XII-1875.

tad de Teología, el padre *Flatus Vocis* inculca la doctrina en su clase. Si un profesor, en la sala contigua, explica las teorías del trasformismo, por ejemplo, el padre *Flatus Vocis* irá a escuchar por el ojo de la cerradura y ante tales herejías irá a informar al rector y al gobierno⁸². Un caso de delación que recuerda ciertos procesos verbales de la Inquisición y que volvemos a encontrar en el ejemplo siguiente que merece ser citado: según *El Siglo Futuro* «el hombre tiene derecho en su *fuero interno* para profesar sus ideas, pero ha de ser de modo especial: encerrado en su habitación, sin la presencia de ningún otro ser animado, aunque sea gato. Claro es que por más solo que esté ese hombre se condenará indefectiblemente si no piensa en todo como la Iglesia de Cristo; el Estado no puede meterse con él, porque no da escándalo, o mejor dicho, porque no lo sabe. Pero supongamos que la criada de nuestro hombre es curiosa como suelen serlo todas las mujeres y se pone a mirar por el ojo de la llave, y que lo ve al libre pensador el *fuero interno*, que en aquel momento lo tendrá puesto sobre la mesa... Pues en este caso, ya hay delito: la criada puede dar parte al juez de guardia y decirle —mire Vd. que mi amo está en este momento pensando en la infalibilidad pontificia y parece que la niega—. El juez en este caso va y prende a nuestro hombre, porque 'se ha salido' del *fuero interno*, esto es, ya se sabe cómo piensa la religión, que piensa mal y que hay delito»⁸³.

Pero no sólo hay elaboraciones literarias en los artículos de Clarín, al contrario, la mayoría de las veces son hechos bien precisos de persecución por motivos religiosos los que se relatan y en ocasiones se glo-san. En este caso, las fechas tienen poca importancia, pues la causa es la misma y los efectos más o menos idénticos de 1875... a 1901. Veamos otros escuetos ejemplos, recogidos en dos momentos casi extremos. Noviembre de 1876: «En Palencia han sido maltratados varios empleados del Municipio, por no haber oído misa el día de Todos los Santos»⁸⁴. Marzo de 1899: el obispo de Astorga pide que se sancione a un maestro que se ha negado a llevar a sus alumnos a un servicio religioso. Además, en algunas guarniciones los oficiales, suboficiales y soldados tienen la obligación de asistir a misa. Todo esto resulta contrario a la Constitución, que garantiza a cada cual el libre ejercicio de sus creencias religiosas⁸⁵.

⁸² *El Solfeo*, 268, 28-V-1876.

⁸³ *El Solfeo*, 163, 13-II-1876.

⁸⁴ *El Solfeo*, 403, 14-XI-1876.

⁸⁵ *La Publicidad*, 7.353, 28-III-1899.

El Padre Cámara, que no es un fanático sino un intransigente, él, que hace algunos años se opuso a que un ilustre profesor de filosofía fuera enterrado religiosamente porque no pensaba según la «escolástica macarrónica», decreta ahora, en 1897, que no es lícito asistir a los cursos de Dorado Montero porque las doctrinas de este profesor de derecho son contrarias a las de la Iglesia. «¡Está bueno eso de que los obispos aconsejen a los estudiantes que hagan novillos!(...) Si aquí hubiera gobierno, y no cobardes aduladores de todas las preocupaciones tradicionales que manejan dinero e influencias, a estas horas el padre Cámara ya habría tenido el correctivo correspondiente por meterse donde no le llaman y rebajar la disciplina académica(...)» «¡Pobre Iglesia española! Mientras en el mundo entero el sacerdocio ilustrado del Catolicismo vive ya en paz la vida de tolerancia civil (no dogmática, que no cabe) y se abstiene de entorpecer la marcha de la ciencia (...) en España todavía tenemos un Padre Cámara (¡y ciento!) que echan los perros del fanatismo ignorante y salvaje contra un profesor por el pecado de ser en derecho y filosofía, uno de tantos partidarios de ciertas teorías modernas»⁸⁶.

Volviendo a 1876, el tono cambia, surgen algunas irreverencias aquí y allá pero el objeto de la denuncia se mantiene. Esta vez se trata de un concurso literario con ocasión del centenario de Feijoo. El jurado rehusó darle el primer premio a un ilustre profesor, Canalejas, porque era heterodoxo. Clarín se pregunta qué pasaría si Feijoo escribiera entonces su *Teatro* y sus *Cartas*; sería probablemente considerado un perverso. «En estos tiempos en que cada peregrino que va a Roma (y van a miles), trae un milagro que contar, milagro del que él mismo es el protagonista; en estos tiempos de Carlistas, de Lourdes, de Caixal, de exorcismos y cuatrocientos demonios, de Toreno y Ferreiroa, en una palabra, ¿de qué servirían todas las cartas que el reverendo Padre pudiera escribir? En su tiempo no se les tostó por milagro; hoy se le arrojaría a las pantorrillas un fiscal de prensa y no volvería a desfacer entuertos ni amparar verdades»⁸⁷.

Algunas almas caritativas se alzan contra la vivisección practicada a los animales y con razón, pero Clarín hace ver que el procedimiento no es nuevo: «En todos los pueblos cristianos y modernos se ha cortado la mano que escribió una herejía y la oreja cuyo pabellón fue cómplice del escándalo de oír una blasfemia», y concluye exclamativa-

⁸⁶ *La Saeta*, 326, 18-II-1897.

⁸⁷ *El Solfeo*, 403, 14-XI-1876.

mente: «¡Cuántos desorejados libre-pensadores y cuántos mancos libre-cultistas no cuenta el martirologio de la libertad!»⁸⁸.

Lo más sorprendente es que cuando se pone en marcha la máquina del fanatismo, no se sabe hasta dónde llegará. Siempre hallará hierbas que cortar, incluso en su propio jardín...

Así, Menéndez Pelayo, en 1879, es atacado por el *neo* Antonio Valbuena. En un artículo de la *Ciencia Cristiana*, reproducido por *El Siglo Futuro*, Valbuena elogia a Pereda y deja a Pelayo a la altura del barro, lo trata de «Gonzalo de Pereda» y dice de él «que va adelante de todos en la vía del despropósito». Decididamente, sugiere Clarín, don Marcelino «debe separarse cuanto antes de esos roe-hostias»⁸⁹.

Mejor aún: Ortí y Lara, el célebre profesor *neo* de la Universidad Central, ataca la memoria de Moreno Nieto, su amigo muerto, a quien le reprocha haber alimentado su espíritu con lecturas diversas, accidentales, haber seguido las corrientes de opinión en lugar de profundizar en soledad su relación con Dios. Ahora bien, Moreno Nieto era, según Clarín, que siempre le profesó admiración, uno de los raros representantes del catolicismo lleno de espiritualidad y quizás el único defensor de la filosofía católica con el cual era posible entenderse. No había en él esa especie de aberración que hace parecer locos a muchos obispos, en sotana o en levita, que quieren convencer a la razón por medio de citas, amenazas e insultos. «El método de discusión de la mayor parte de nuestros católicos militantes, consiste todavía en imitar al célebre misionero que, si no podía convertir a los indígenas de Arauco con sus palabras de paz y amor les rompía el crucifijo en la cabeza, y así entraba de una vez en los rebeldes sesos de los indios Su Divina Majestad». (...) «Moreno Nieto procuraba, como fuera de España hacen algunos, colocar el catolicismo en las condiciones que exigen los debates modernos».

¿Cómo puede Ortí y Lara atacar a un hombre como Moreno Nieto? Ortí y Lara es una persona muy estimable. Sólo tiene la desgracia de creer que fuera de la escolástica más retrógrada y estrecha no hay más que errores y tinieblas, «toma por ciencia las aprensiones de un espíritu enfermo abandonado a los pavores de la superstición más tenebrosa». Así pues, la fascinación idolátrica, «ha hecho de un hombre justo, un hombre injusto». Conclusión: «pervierten las doctrinas intolerantes los más rectos corazones y la mejor cabeza»⁹⁰.

⁸⁸ *El Solfeo*, 170,18-II-1876.

⁸⁹ *La Unión*, 246, 25-VI-1879.

⁹⁰ *El Porvenir*, 67,18-III-1882.

El mismo Papa es sospechoso para algunos fanáticos españoles. Un ejemplo de entre otros muchos posibles: León XIII escribió muy cortésmente al arzobispo de Cantorbery para invitarle a buscar con él la vía de la concordia. Éste le respondió también muy cortésmente pero sin renunciar a sus ideas. Esto es suficiente para que el *Diario Catalán*, periódico integrista de Barcelona, pierda los estribos y embista contra el prelado anglicano tratando despectivamente a su mujer, las libras esterlinas y el vientre que, dice el *Diario*, es el dios de este sacerdote. Con esto, condena implícitamente la iniciativa del Papa.

El artículo del periódico catalán recuerda a «un trozo selecto de literatura pornográfica», dice Clarín, cuyo comentario merece subrayarse. «El fanatismo tiene en estos insultos una especie de lascivia digna de estudio. Todos estos sátiros de la intolerancia usan el mismo vocabulario. ¡Dios mío, qué vergüenza para España! ¡Estos mastodontes de la fe brutal no han desaparecido todavía! (...) Ya sé yo que la Iglesia no aprueba esos insultos a un jerarca de un culto cristiano con el cual el Papa juzga posible una concordia. Pero no basta que no los apruebe. Es necesario que los condene».

Clarín sabe que él será a su vez insultado por tales apreciaciones pero les quita importancia, al contrario, «los insultos de esa gente honran», dirá. Esta clase de prensa talmente parece desenterrada de «algunos de esos kjokkenmoddings de Dinamarca: es una prensa, por lo menos, mesolítica». Los periodistas que escriben tales cosas «son contemporáneos del reno, escriben con sílice, y están subvencionados por el hombre de Cro-magnon (...) y después nos dirán que la humanidad tiene seis mil y pico de años de antigüedad... seiscientos mil años se necesitan para que el hombre haya podido ser tan... primitivo, digámoslo así, como el respetable redactor que escribe esas cosas, que él creará expresión de una fe acendrada (...). Esas gentes son correligionarios de las ballenas aquellas que, según nos cuenta Henri Heine, tenían una especie de religión... que de fijo sería intolerante»⁹¹.

No hace falta decir que tales palabras lanzadas por Clarín desde un periódico de gran tirada no podían quedar sin respuesta. Efectivamente, el infausto equipo del fanatismo lanzó repetidas veces sobre nuestro autor una pelota venenosa, o mejor, según su expresión, «un perro rabioso». Sobre este particular, el de los ataques personales, se impone también una elección, y obviamente nos decantaremos por el más significativo o el más... divertido, por lo general ambas cualidades van a la par.

⁹¹ *La Publicidad*, 6.145, 4-XII-1895.

Clarín fue siempre atacado por los *neos* pero las críticas son cada vez más fuertes y malintencionadas, sobre todo después de *La Regenta*, y alcanzan los mayores índices de acidez después de 1890. Por parte de Clarín, la denuncia de la falsa religión y del fanatismo se hace tan viva que precisa en él los contornos de una religiosidad auténtica. Por otra parte, Clarín es en ese momento un hombre célebre en toda España, lo que acentúa singularmente el alcance de los tiros.

En una carta de 1891, Clarín confiesa a Rafael Altamira que en Oviedo está siempre «luchando a brazo partido con obispos y curas y periódicos neos que me insultan, calumnian, etc., etc.»⁹².

Era atacado sobre todo, desde las columnas del periódico ovetense *La Cruz de la Victoria*, por el canónigo Angel Rodríguez Alonso, que, según Maximiliano Arboleya, estaba encargado de los «asuntos inquisitoriales» y atacaba a los católicos liberales, *mestizos* y obispos incluidos. Don Ángel, *Angelón*, emprende una virulenta y tenaz campaña contra Clarín a la que éste último respondió con indiferencia y desprecio⁹³.

En 1897, nos revela que ha recibido numerosas cartas anónimas de mujeres o más exactamente de jovencitas. Aquí no se trata de ninguna polémica pero el hecho merece ser señalado pues nos informa sobre la notoriedad de Clarín y la idea que se tenía de él en los círculos católicos. Estas cartas que, por lo general, llegaban acompañadas de devocionarios le rogaban en su mayoría que se convirtiera. Sin duda, habían sido escritas por niñas que habían abandonado momentáneamente sus juegos «para lanzarse, en el papel blanco, sin rayar, a la temeraria empresa de convertir a un impío». Si estas cartas no se escribían «por consejo de alguna monja fea, vieja y rutinaria», sino que habían sido «espontánea valentía de alguna colegiala inocente ¡qué ternura en el fondo de la piadosa equivocación!». Y Clarín se dirige a su Beatriz, a su Gretchen desconocida: «yo no soy un impío; tu religión y la mía tal como serán en el fondo nuestras almas vienen a ser la misma (...). No pidas más a Dios que me convierta sino que cada día me haga mejor».

Por otra parte, nuestro autor se ha enterado de que en algunos colegios de chicas se rezaba por la conversión de Clarín, que debía aparecer a los ojos de estas jovencitas como un temible energúmeno...⁹⁴.

⁹² «Trece cartas de Leopoldo Alas a Rafael Altamira». Edición de José María Cachero, *Archivum*, Universidad de Oviedo, n° XVIII, 1968.

⁹³ Maximiliano Arboleya, *art. cit.* pp. 47-48 (Edit. Martínez Cachero).

⁹⁴ *La Publicidad*, 6.806, 22-IX-1897.

En contraste con este encantador apunte, veremos como broche final del capítulo de las querellas inquisitivas el importante calibre de la polémica fanática.

El artículo de *La Publicidad* del 30 de Agosto de 1897 donde Clarín criticaba al obispo de Sión y daba su opinión sobre los malos sacerdotes⁹⁵ le valió a nuestro autor una carta firmada por Francisco Argüelles, quien se denomina «estudiante de cura». La carta dice así:

(...) ¿Por qué es Vd. tan necio, Sr. Clarinete, que se apropia en todo y para todo la patente de maestro y de crítico en lo humano, en lo divino, y, si fuera posible plus ultra?

¿Quién es vd., imbécil mamarracho, para pretender la reforma de la sociedad *ecca*?

¿Se le antoja a Vd. tan facil ese papel como el uso del mandil? ¿Quién le da a Vd., sopaboba, bela* para criticar las oraciones del obispo de Sión, cuya elocuencia y hermosura de palabra, alaban Tirios y Troyanos?

Como la providencia conocía *ab aeterno* la pequeñez de alma de vd. so mamarracho, dispuso encerrarla en ese cuerpecillo raquíptico y enclenque, incapaz de abrigar sino rastreas y malignas intenciones, de envidiar a los hombres bien formados y cuya alma es, en la mayor parte de las cosas muy grande.

Cuídate de enseñar lo que no sabes —esos son los efectos de la anarquía, dar maestros incapaces a la juventud— aprende, imbécil, el catecismo y recuerda que eres polvo, que esa úlcera venenosa que te roe el alma del estómago te ha de matar pronto y no tengas una pluma y una lengua tan malvadas para acriminar y despreciar a todo ser viviente.

(...). Aquí no hay Fermos sino quien te dice que eres un m... y que está dispuesto a probarte que como escupe en tus nefandos escritos, lo hace también en esa cara horriblemente fea.

Un estudiante de cura que no aspira a ser Srto (señorito).

Francisco Argüelles.

Escribe lista de correos y nos entenderemos!

**Sic*, con *v* (n. de c.)⁹⁶.

⁹⁵ Vid. nota 35.

⁹⁶ *La Publicidad*, 6.806, 22-IX-1897.

Resulta tan grosera que Clarín se pregunta si el autor de la misiva es verdaderamente un seminarista. Si lo es, dice, debe ser fácil reconocerle en Madrid, pues sin duda «anda con taparrabo». Tal vez sea un bromista que pretenda desacreditar al clero y en tal caso es un verdadero escritor, «pues está perfectamente imitado el estilo del fanatismo brutal y salvaje». Al final, Clarín saca la conclusión de que se trata realmente de un futuro cura.

Desde hace algún tiempo, confiesa Clarín, son frecuentes las cartas de insultos y calumnias en nombre de la religión. Recientemente, ha recibido de un navarro una carta llena de injurias por haber atacado al Padre Cámara.

«Por lo visto, estos prelados que tan buenas relaciones tienen en los regios alcázares también cuentan con apasionados amigos y admiradores entre la gente del bronce... de campana (...)» «El Sr. Argüelles, muy hotentote mío, compara mi figura, que, en efecto, no es seductora, ni falta que me hace, porque yo no he de obispar, con la del obispo de Sión, y hasta viene a recrearse en la contemplación de las buenas formas del prelado. ¿Si no será un seminarista el Sr. Argüelles, ilustre gorila, y será una sierva humilde de Dios y del obispo de Sión, una de esas pobres corderas místicas que se enamoran de los méritos de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y de las circunstancias de cualquier buen mozo con sotana?»⁹⁷.

* * *

Como todos los fanatismos, el que a todos los niveles demuestra la Iglesia española se explica por el sentimiento exclusivo de estar en posesión de la verdad. El hecho de que haya intrigantes que, también a todos los niveles, aparenten compartir el sentimiento general para prosperar mejor no es más que una prueba suplementaria de la existencia de una mentalidad dominante que se considera superior. La larga tradición de unidad católica que la Iglesia rememora nostálgicamente y que espera restablecer, como atestigua el Congreso de Burgos, explica la desconfianza y el desprecio hacia toda novedad. Ahora bien, las ideas nuevas vienen principalmente del exterior, de ahí esta actitud de cerrazón frente a los vientos del Norte con el fin de preservar la especificidad tradicional de España, cuyo elemento fundamental es el catolicismo. Especificidad es, efectivamente, el vocablo que mejor define a una Iglesia que a lo

⁹⁷ *Ibid.*

largo de la historia ha compartido y a veces impulsado la totalidad de las grandes empresas nacionales: desde la Reconquista hasta la guerra de la Independencia, pasando por la conquista de América. A finales del siglo XIX está todavía muy arraigado el sentimiento de que existe un catolicismo hispánico, original en el mundo moderno, porque intenta mantener con pujanza una alianza Nación-Iglesia que se estima original cuando no es más que tradicional*. Si la Iglesia española hace oídos sordos a todas las evoluciones del mundo que la rodea, si no quiere aceptar que también el catolicismo tiene capacidad de adaptación, si ignora tan ostensiblemente a León XIII y quiere quedarse en Pío IX es porque efectivamente existe un catolicismo nacional español, un nacional-catolicismo.

Un nacional catolicismo

El título del presente epígrafe puede discutirse, pues va más allá de la acepción corrientemente admitida de catolicismo nacional. Además, se corre el peligro de rimar fácilmente en el ánimo del lector con el término nacional-socialismo; es un inconveniente, ya que se corre el riesgo de ver en la elección del título una intención deliberada que no existe. Catolicismo nacional es una expresión procedente de la historia, pues significa que el catolicismo ha arraigado en la Nación y ha tomado los colores característicos de ésta, lo cual sucedió en España y sin duda también en otras partes. Pero la expresión no incita a conocer el funcionamiento del espíritu de una institución que implícitamente quiere atraer a Dios al campo de la Nación en la que ella está implantada, lo cual, como puede apreciarse, es más un asunto de Estado que de religión. Pensamos que este «espíritu» que anima la institución surge más de la ideología que de la religión propiamente dicha. Nacional-catolicismo expresa mejor la puesta en marcha de este espíritu que funciona, efectivamente, como una ideología. El ahondamiento en este aspecto exigiría un estudio doctrinal más amplio y profundo que el que podamos hacer aquí; sin embargo, es necesario aclarar los conceptos para comprender mejor las realidades**.

* Es necesario añadir que el siglo XX no ha traído una evolución sensible de este sentimiento. La «cruzada» de 1936-1939... es la triste y dolorosa ilustración. Se tiene incluso la impresión, al escuchar a determinados líderes actuales de la extrema derecha, de que España siempre se encuentra cerca de una nueva cruzada: vid. los fragmentos de los discursos pronunciados en la plaza de Oriente el 23 de noviembre de 1981 que publicamos en apéndice.

** Vid. M. D. Chenu, *La doctrina social de la Iglesia como ideología*, París, Cerf, 1979.

Hemos hablado ya de la ideología social de la Iglesia, pero es evidente que también podemos hablar, sobre todo en el caso de la España del siglo XIX, de su ideología nacional o nacionalista. Cómo negar en nuestros días que la Iglesia histórica ha apartado, en mayor o menor medida, de la religión una ideología que tiene en cuenta todos los problemas de este mundo. En realidad, no es contra ésta contra la que lucha Clarín en nombre precisamente de la pureza y autenticidad religiosas. Reincidiremos en ello más adelante.

De momento, seguimos en el Congreso católico de Burgos, en septiembre de 1889. En esa época, sin duda en agosto, los productores de cereales celebraron también un congreso con el fin de defender, según palabras de Clarín, «nuestro (el suyo) *pan de cada día*». Incapaces de producir una harina de igual calidad y tan barata como la de otros países, quieren que se impida la entrada a los productos extranjeros con la presión de los impuestos. Es lo que se llama proteccionismo económico. Estos fabricantes de harina piden «que les protejan su *pan*, que es su Dios»¹⁰⁰.

¿Que hacen los obispos reunidos en Burgos? Lo mismo, pero invirtiendo un poco los términos: «que les protejan su *Dios*, que es su *pan*». Dicho de otro modo, todos piden la ayuda coercitiva del Estado para compensar la impotencia de no poder resistir la invasión de los «productos» nuevos.

Si la Iglesia fuera una verdadera religión, es decir: bondad, sabiduría, amor, no sólo se mantendría en el alma de sus contemporáneos sino que ganaría sin cesar nuevas conciencias. Ésta debería ser la misión del catolicismo, cuya finalidad es tender a la universalidad, como indica su propio nombre. En lugar de eso, la institución sólo se preocupa de proteger sus privilegios, del mismo modo que hace la asociación de cerealistas. El proteccionismo religioso y el cerealista cometen el mismo error de base: «Uno y otro se originan de una mala inteligencia del *nacionalismo*».

Situar la religión en el marco de un nacionalismo, ¿no es ponerla al servicio de una ideología que le es extraña por naturaleza, y no es también, al fin y al cabo, transformarla en ideología? Clarín responde claramente a la cuestión, en nuestra opinión, incluso sin recurrir al concepto de ideología: «¡Qué cosa más opuesta (...) al fondo real, perenne del cristianismo, en su gran idea de libertad religiosa, que esa pretensión absurda al nacionalismo religioso, que quiere imponer creencias a los

¹⁰⁰ *La Publicidad*, 7.554, 16-X-1889.

individuos en nombre del Estado; que quiere que en España todos sean católicos porque el catolicismo es la religión *nacional!*».

Clarín recuerda nuevamente lo que ya ha dicho muchas veces: que el nacionalismo religioso pertenece a la historia remota; que era propio de los pueblos primitivos. Fue el cristianismo quien liberó la sustantividad individual del colectivismo. «El cristianismo, dando positiva finalidad ultratelúrica a la vida individual, arranca al hombre de su esclavitud, en el fondo materialista, que le somete a colectivismos pasajeros, temporales y en rigor abstractos». Obviemos la afirmación según la cual sólo el cristianismo habría dado a la vida una finalidad ultraterrena, cuando esta finalidad es, por naturaleza, la de toda religión y preguntémoslo lo que puede ser un colectivismo abstracto. En realidad, Clarín no quiere decir que haya colectivismos abstractos, cosa que casi no tendría sentido, sino que el colectivismo responde a una abstracción. Mas, ¿qué es una abstracción sino una ideología?

Para Clarín, el nacionalismo religioso es en el siglo XIX «un atavismo irritante», o sea un residuo de «colectivismo abstracto» ancestral, es decir, una ideología. Para justificar nuestro título de nacional-catolicismo basta con escuchar a Clarín y poner las palabras (y los conceptos) en su sitio. Además, nuestro autor nos proporciona la explicación histórica del desarrollo de la ideología nacional-católica siguiendo muy de cerca la exégesis de Renan. Hay que señalar que el pensamiento de Clarín se orienta hacia la noción de Dios nacional, sin duda después de haber leído la obra de Renan, lo que creemos que explica la aparición relativamente tardía, posterior a 1890, de su reflexión sobre el nacionalismo religioso¹⁰¹.

Renan muestra cómo las necesidades y aspiraciones puramente temporales hicieron que predominara una religión patriótica y nacional por encima de una piedad de tendencia universal realmente religiosa. En la *Historia del pueblo de Israel* explica cómo la gran misión religiosa de los hebreos se acentúa cuando el pueblo adora a Elohim, dios del aire y cómo el culto de Jehová, dios de un pueblo, exclusivamente judío, pone en peligro el destino de esta raza¹⁰². Es Jesús, dice Clarín, quien ha venido a restaurar esta *universalidad*, el verdadero

¹⁰¹ Parece ser que el punto de partida de la reflexión de Clarín sobre el nacionalismo religioso fue la *Historia del pueblo de Israel* (París, Calman Lévy, 5 tomos, 1887-1893). Pero nunca escondió Clarín la enorme influencia que sobre su pensamiento ejercieron *La vida de Jesús* (1863) y *Los apóstoles* (1866), obras que, con la *Historia del pueblo de Israel*, conforman el impresionante fresco de la historia de una religión.

¹⁰² *La Publicidad*, 7.683, 25-II-1900. Vid. *Clarín político I*, p. 296.

catolicismo. Pero añade, siguiendo a Renan, que sus propios discípulos, los apóstoles, se dividieron en lo esencial. Unos, con Santiago a la cabeza, se quedaron en Jerusalén y mantuvieron la tendencia ortodoxa, el exclusivismo *nacionalista*. Aunque Clarín no insiste en ello, podríamos preguntarnos por qué Santiago fue elegido patrón de España. El interrogante queda abierto...

Los otros apóstoles, sobre todo San Pablo, «el apóstol de los gentiles», siguieron la tendencia católica, la verdadera según nuestro autor, la «que no piensa en el prepucio». «Pedro, conciliador, sencillo, prudente, le da el triunfo a Pablo, y el pueblo cristiano y la Iglesia toda, le siguen, y se funda el catolicismo».

Y Clarín vuelve sobre el tema de una forma harto agresiva: «Y es ese catolicismo el que ahora pide, en nombre de teorías *paganas* y *judías*, la *exclusiva* de la libertad religiosa, invocando el *hecho material* de ser España católica; es decir, imponen el *catolicismo* en nombre del *nacionalismo* religioso, que es la negación de la idea capital de Cristo»¹⁰⁰. De hecho, en lugar de mitificar la era de los apóstoles haría falta seguir el desarrollo histórico de la Iglesia desde Constantino y ver cómo se articulaba el poder universal de los sucesores de San Pedro y los poderes temporales de cada Estado católico. Desde luego, esto no modificaría la conclusión a que llega Clarín pero esclarecería el proceso de formación del nacional-catolicismo español.

Mas Clarín no es un ensayista, y menos un teórico, en materia religiosa o filosófica. Actúa como un periodista, por así decirlo, ante los acontecimientos y a partir de éstos su reflexión surge, se desarrolla, se hace grave. Es así como nos ofrece su pensamiento y como poco a poco, siguiendo el curso de sus artículos, se configura la coherencia de su personalidad.

Por ejemplo, *La prueba*, de doña Emilia Pardo Bazán le brinda en 1890 la ocasión de plantear, según parece, el problema del patriotismo religioso. Cita a Renan para criticar la posición nacionalista de la autora: «Cuando la religión se hace nacional empieza a corromperse; si es menos religiosa, se hace más sólida acaso como institución terrenal, pero se corta las alas». El pensamiento de Clarín sobre el poder temporal de la Iglesia resulta claro y sin matices: el triunfo de la Iglesia en la conquista del reino temporal se ha hecho en detrimento de la fe. Los Papas, la Iglesia han declarado necesario el poder material para asegurar la fe y de ahí proviene el nacionalismo religioso. *La prueba* revela que el autor comprende mejor el nacionalismo católico español

¹⁰⁰ *La Publicidad*, 7.554, 16-X-1899.

que la propia religión, «como también entiende mejor el culto que el espíritu cristiano». Apena, concluye Alas, «ver a una mujer como la Pardo Bazán adulando el fanatismo indígena»¹⁰⁴.

Las guerras coloniales, primero de Marruecos en 1893, después de Cuba y Filipinas de 1895 a 1898 van a permitirle a Clarín observar el comportamiento de la Iglesia española frente a la guerra. Los artículos que abordan el problema constituyen para nosotros un testimonio muy preciado acerca de la actitud y la mentalidad de la Iglesia, al mismo tiempo que nos proporcionan las inflexiones de nuestro autor sobre la grave desviación de la religión, es decir, la creación abstracta, con fines puramente ideológicos a nuestro parecer, del *Dios de los ejércitos*.

1893: la guerra acaba de estallar en Melilla y pronto «obispos y más obispos se apresuran a declarar que Dios está de nuestra parte, y que ellos bendicen en nombre del cielo a los que vayan a defender los intereses de España».

La cita muestra claramente que Dios se ha puesto de entrada al servicio de una ideología nacional, la de la grandeza de España, que debe ser reconfortada mediante la conquista de nuevos territorios. Desde una óptica estrictamente religiosa, que es ante todo la de Clarín, representa un retorno a la idolatría del tótem o como dice nuestro autor: el sacerdote que pone la religión al servicio de los *Dioses nacionales*. «¿Qué se deja para el *pontifex* de la antigua Roma en la que la religión era una de tantas ruedas de la administración pública?». Si el enemigo «no fuese *infidel* sino cristiano, católico también, verbigracia, Austria, Italia, etc., ¿qué iban a decir nuestros obispos? De fijo lo mismo: que el Dios de los ejércitos estaba de parte de Martínez Campos»¹⁰⁵. ¡El colmo de la aberración! El patriotismo es bueno, dice Clarín, pero es penoso que sólo se manifieste en circunstancias de guerra o enemistad.

Antes de abordar el estudio de los numerosos artículos que analizan la actitud de la Iglesia con respecto a la guerra de Cuba a partir de 1896 nos parece interesante referir un testimonio de Clarín acerca del comportamiento de los monjes en Filipinas. El texto trata quizá más de las costumbres «religiosas» en un país colonizado que del nacionalismo católico, aunque aquí los dos aspectos puedan considerarse como una manifestación de lo que bien podría denominarse *colonialismo católico*¹⁰⁶.

¹⁰⁴ *Madrid Cómico*, 25-X-1890; Ramos Gascón, *Clarín, obra olvidada*, Madrid, Júcar, 1973, p. 92.

¹⁰⁵ *La Publicidad*, 5.244, 24-XII-1893.

¹⁰⁶ *La Publicidad*, 6.742, 20-VII-1897. Hemos publicado esta *Revista mínima en Clarín político I*, pp. 219-223.

En julio de 1897, Clarín nos cuenta que en un restaurante (¿de Oviedo? es poco probable; ¿de Madrid? seguro que no, ya que sólo fue allí en noviembre para las conferencias del Ateneo¹⁰⁷) escuchó la conversación entre un ex-gobernador civil de Filipinas y un «brillante oficial» que volvía de Manila. Éste último (vid. nota 2, p. 223 de *Clarín político I*) no es otro que Miguel Primo de Rivera, que llegará a «dictador» en 1923. Los dos, conservadores y buenos católicos, cuentan horrores difíciles de creer sobre el comportamiento de los monjes en Filipinas. Ambos han podido constatar que los monjes se comportan como déspotas egoístas y que lo que menos les preocupa es la propagación de la fe y la moral. Para empezar, los sacerdotes indígenas permanecen siempre como subalternos a los que los sacerdotes españoles tratan a la baqueta, como si fueran criados. Luego, los monjes intentan sacar el máximo beneficio de la venta de los sacramentos: el bautismo, los entierros... auténticas simonías. «En Filipinas sale más cara el agua de bautismo que una temporada de baño en Biarritz». Hay tres clases de entierro. En la tercera se dispone que el cadáver no esté en una caja cerrada, sino en una camilla. En relación con esto, el gobernador relata una anécdota significativa: una muchacha joven y pobre falleció. No tenía derecho más que a la camilla. Pero de camino al cementerio un alma caritativa aportó una tosca caja de madera en la que colocaron a la muerta. Así la enterraron. Mas, tan pronto como se enteró el cura, hizo que la desenterrasen y que le dieran sepultura con arreglo a lo que se había ordenado que se hiciera con los muertos de 3ª clase.

Otra anécdota que ilustra el espíritu caritativo de los sacerdotes españoles en Filipinas: un día sesenta prisioneros se escaparon de la cárcel. Se dictaron órdenes para que el castigo fuera ejemplar. Algunos fueron prendidos y en la prisión se hallaron ochenta cadáveres. Pero ocurrió que un joven filipino que había estudiado en Europa escapó a la masacre. Había cometido el crimen de dar una hostia a un gallo de combate. Los monjes se enteraron de que ese joven de ideas avanzadas había escapado a la muerte y manifestaron su contrariedad. La negligencia se reparó enseguida: el joven sacrílego fue pasado por las armas.

¡Cuesta trabajo creer, exclama Clarín, que unos sacerdotes cristianos puedan cometer tales abusos! Efectivamente, dicho sea de paso, si las gentes de Iglesia que habían oído hablar, por lo menos, de caridad se comportaban así en las colonias, ¿cuál sería el comportamiento de los simples colonizadores?

¹⁰⁷ Vid. *Apéndice*.

No se trata más que de un testimonio y no es suficiente quizás para juzgar el movimiento misionero, no obstante nos basamos en el dossier de José Manuel Cuenca, quien escribe a propósito de las actuaciones de los monjes: «Incluso en el archipiélago filipino donde la 'teocracia dominica' fuera objeto de toda clase de condenas, el concurso de la Orden de Predicadores a la obra civilizadora de aquellas regiones no puede negarse ni incurrir en la inexactitud y el sectarismo»¹⁰⁸.

De 1895 a 1898 toda la opinión pública española se moviliza por la guerra de Cuba, que se complica en 1898 a causa del conflicto con Estados Unidos. Los grandes medios de comunicación tienen a los españoles en vilo y se asiste a un aumento del fervor patriótico. Clarín denunció a menudo esta ridícula y peligrosa grandilocuencia patriota¹⁰⁹. Pero nada mejor que los periódicos y los comunicados del gobierno para mantener enardecido el espíritu patriótico; las prédicas y sermones de monjes, curas y obispos se consagran a exaltar la moral nacional.

Clarín señala que en Asturias algunos monjes, no se sabe «si descalzos o con hostias», van de pueblo en pueblo dando sermones patrióticos¹¹⁰.

¡Cuántas veces se alza Clarín contra estos sacerdotes que, olvidando su misión evangélica, predicán el exterminio del prójimo y «se alegran de las matanzas»! El tema no da pie para la ironía, el tono es siempre de amarga y grave reprobación. «Un clérigo puede ser patriota como cada cual, pero en funciones de su sacerdocio o de su imperio o jurisdicción, si la tiene, no debe olvidar que es representante de Cristo(...) y que Cristo en este punto habló bien claro: todos hermanos; para Dios el samaritano es lo mismo que otro cualquiera. Y el andar predicando la carnicería y alegrándose, en cuanto obispo, de que toquen a degüello ni es cristiano... ni Cristo que lo fundó»¹¹¹.

Sabemos que Clarín, como la mayoría de intelectuales burgueses o de clase media, piensa firmemente que Cuba debe seguir siendo española y hasta finales de 1897 cree que esto es posible si el gobierno español es capaz de controlar su ineptitud y llevar a cabo las reformas necesarias. Su postura es, pues, la de un patriota, digamos ilustrado, que quiere que el conflicto se resuelva mediante negociaciones y no por las armas. Para él, existe una escala de valores que se puede transgredir.

¹⁰⁸ José Manuel Cuenca, *O. cit.*, p. 282.

¹⁰⁹ Vid. nuestro estudio «España ante la guerra colonial de 1895 a 1898: Leopoldo Alas (Clarín) periodista, y el problema cubano», en *Cuba, las etapas de una liberación*, Actas del Coloquio Internacional del 22, 23 y 24 de noviembre de 1978, Universidad de Toulouse-Le Mirail, 1978, pp. 47-76. Vid. también *Clarín político I*, pp. 73-79 y 405-463.

¹¹⁰ *Madrid Cómico*, 19-XII-1896.

¹¹¹ *Madrid Cómico*, 722, 19-XII-1896. *Clarín político I*, nota 1, p. 431-2.

Todos los españoles se dicen católicos pero en ese momento todos gritan que «la patria es lo primero». Sólo un pagano podría proclamar tal cosa. Para un católico, la patria es algo santo pero no puede anteponerse a todo. «La patria puede pedirnos el sacrificio de la sangre, pero no el sacrificio de la justicia, de la razón, del amor a Dios, del amor al prójimo». Pero la Iglesia en su conjunto se ha puesto al servicio del espíritu patrioter. «Hay obispos que hablan de la necesidad de pintar a Dios como no es, para conservar las colonias»¹¹². ¿No es eso una desviación ideológica de la doctrina cristiana con un fin puramente temporal, nacionalista? ¿No es eso una manifestación del nacional-catolicismo?

En este clima de pasión patriótica hasta la estupidez sale a la superficie: «¡Si ha habido cura que ha atribuido la muerte de Maceo (q.e.p.d.) a las influencias de la Purísima Concepción! ¡Ave María Purísima!»¹¹³. Pese a esta histeria patriótica Clarín no se cansa de repetir que el cristianismo se opone al derramamiento de sangre.

Por otra parte, piensa, y lo dice muchas veces, que si Jesús regresara y dijera de un *insurrecto* lo que dice del samaritano sería fusilado inmediatamente «y puede que no hubiera obispo que se atreviera a protestar»¹¹⁴. Si los obispos abandonan la palabra del Evangelio y cambian el báculo por el fusil deben renunciar a la mitra y al sueldo. «Porque nosotros les pagamos, y de firme, para que sean perfectos como nuestro Padre que está en los cielos (...) Les pagamos para que si les dan una bofetada se dejen pegar otra. No para que digan como cierto prelado en *El Liberal*: 'El odio no debe ir más allá de la tumba'»¹¹⁵.

¿Cómo debería actuar la Iglesia en tales circunstancias? Simplemente siguiendo los Evangelios y predicando la paz. Clarín imagina humorísticamente lo que sucedería si el Primado de España, en lugar de ser un cardenal octogenario, fuese San Pablo en persona. Éste empieza por escribir a Comillas, el riquísimo propietario de la Compañía Transatlántica que saca mucho provecho con el transporte de las tropas, para que ponga un gran barco a su disposición: «Me voy a América —escribe el Santo— con un cargamento de presbíteros, diáconos y subdiáconos». Después, escribe a los curas y seminaristas: «Vengan conmigo los mozos como castillos que por huir del arado, del taller o lo que fuera, se acogieron al seminario (...), vengan también los

¹¹² *La Publicidad*, 6.515, 3-XII-1896; *Clarín político I*, pp. 426-434.

¹¹³ *Madrid Cómico*, 722, 19-XII-1896; *Clarín político I*, nota 1, p. 431.

¹¹⁴ *La Publicidad*, 6.515, 3-XII-1896; *Clarín político I*, pp. 426-434.

¹¹⁵ *Madrid Cómico*, 722, 19-XII-1896.

infinitos capellanes que no suelen tener cosa más grave en que ocuparse que tomar el sol que más caliente(...). Entre todos formaremos el ejército de la paz y la caridad que irá a América a predicar la concordia en la manigua y a las Iglesias hermanas de los EE.UU.».

Y Clarín pone en boca de San Pablo el horror que significa la guerra: «La guerra es la injusticia de los ateos, porque es entregar a la fuerza la balanza que debe estar en manos del Espíritu Santo». El que defiende la causa de Dios hace la guerra «para que las armas no vengzan a la razón»¹¹⁶.

¿Cómo explica Clarín una actitud tan contraria a los Evangelios por parte del clero español? Según uno de sus colegas, el periodista Fernández Bremón, los instintos belicosos del clero, que en otros países han cambiado, son tradicionales en España. Clarín alega que esto no es ninguna excusa, lo que en la Edad Media era justificable no puede extrapolarse a la época actual. Clarín hubiera podido añadir que una actitud semejante tendría la misma explicación en la Edad Media que en la actualidad: la desviación totémica de la religión, es decir el nacional catolicismo.

Para Clarín, la explicación ha de hacerse a título individual: estos prelados «no tienen una vocación, sino que representan un papel y a veces se olvidan de él». Y añade: «Un alma pura, verdaderamente evangélica, sin dejar de amar la justicia temporal(...) huiría, por instinto, de los apasionamientos sanguinarios, de las crueldades de la venganza, y no confundiría jamás el patriotismo que puede tener un cristiano con el egoísta instinto de colectividad, de rebaño, que puede tener un salvaje»¹¹⁷. Aunque tales aseveraciones son ciertas, la institución en su conjunto, sin embargo, obedece a un instinto de colectividad. ¿Por instinto? Mejor por un reflejo ideológico condicionado por la historia secular. Y eso es lo que dice nuestro autor cuando menciona, citando a Renan, «los grandes defectos de la política y de la religión que se fundan en el *nacionalismo*», y afirma que «esta resurrección *pagana* de la finalidad política como la suprema, es vicio, y a veces crimen»¹¹⁸.

Es necesario, pues, combatir la concepción del Dios «ante todo español». Si se piensa —escribe Alas siguiendo siempre a Renan— que Dios es parcial, «tiene Cristo que bajar otra vez al mundo para hacer ver lo que los judíos no quisieron ver, que el Padre Celestial lo es de todos los hombres, de los gentiles lo mismo que de los israelitas. No

¹¹⁶ *El Heraldo*, 29-XII-1896. *Clarín político I*, nota 1, p. 431-432.

¹¹⁷ *Madrid Cómico*, 722, 19-XII-1896.

¹¹⁸ *La Publicidad*, 7.683, 25-II-1900; *Clarín político I*, p. 296.

olviden los católicos que por eso se llaman *católicos*, porque venció San Pablo a los que querían el cristianismo *nacional*, judaico; y la Iglesia llegó a ser universal, católica»¹¹⁹.

* * *

Si queda claro que Clarín encuentra la concepción de *dios nacional* en las obras de Renan, especialmente en aquéllas que abordan la historia del pueblo judío, no es menos evidente, y es nuestro autor quien lo manifiesta, que el catolicismo español aún conserva, por razones históricas, en el siglo XIX un fuerte carácter nacional si no nacionalista. Clarín, por su parte, no parece conceder ningún rasgo de universalidad a la Iglesia española como institución, incluso si considera, después de 1890, que algunas personalidades tratan de asumir las virtudes específicamente católicas, como veremos en un capítulo posterior. Esta Iglesia funciona, pues, como una institución cuya doctrina, al ponerse al servicio de la ideología nacional, actúa ya como una ideología. Clarín no emplea, ciertamente, semejante término, pero la idea que subyace es la misma con otras palabras.

Por último: ¿Cuál es el grado de influencia de este catolicismo nacional sobre las mentalidades? ¿Cómo se manifiesta esa influencia? Para responder a tales cuestiones tendremos que abordar, junto con Clarín, todo el problema del rito, costumbres y conductas religiosas.

El rito, las costumbres religiosas, las mentalidades

Para Clarín el ritual no es más que una manifestación exterior totalmente vaciada de contenido religioso, una costumbre social aceptada mecánicamente por el pueblo y orquestada por la Iglesia como si se tratase de un espectáculo. Las reacciones de Clarín frente a esta degradación de lo religioso resultan contundentes. Hasta 1882 denuncia lo que para él era una impostura religiosa y, por decirlo de alguna manera, sistemática. Las columnas de *El Solfeo*, *La Unión* e incluso de *El Progreso* o *La Publicidad* se llenan de artículos que por su tono serían dignos de *El Motín* o de *Los Dominicales del Libre Pensamiento*¹²⁰. No nos sorprende que Clarín tuviera reputación de anticlerical. Sin embargo,

¹¹⁹ *Madrid Cómico*, 722, 19-XII-1896.

¹²⁰ Sobre *El Motín* y *Los Dominicales*, vid. nota 72.

conviene examinar el asunto de más cerca; lo que Clarín denuncia prioritariamente es la falsedad de las prácticas que no tienen de religioso más que el nombre. Esta denuncia la mantendrá, bajo formas diversas, durante toda su vida. Por ejemplo, en *La Regenta*, en 1885, la descripción de la Misa del Gallo en la catedral sólo es para el narrador «impersonal» un simple rito, o incluso el cumplimiento de una vulgar costumbre social donde lo sacro está completamente desnaturalizado¹²¹.

En 1896, Clarín llega incluso a tachar a ciertas manifestaciones pretendidamente religiosas de «ópera nacional, con trajes del siglo XIII»¹²².

Así pues, en lo que respecta a las prácticas religiosas hay una constante denuncia de lo falso, de la impostura. Lo cual no extraña, pues sabemos que la moral de Clarín es ante todo la búsqueda de armonía entre el pensamiento y la práctica, entre el corazón y el gesto. El menor desvío entre lo que es y lo que debería ser es denunciado tan pronto como se percibe. La distorsión entre el sentimiento religioso profundo y auténtico y las prácticas que tienen lugar oficialmente y que lo anulan se considera una de las más graves. Esto explica la virulencia de los ataques y el realce de la tremenda impostura por medio de la burla.

Para despejar toda posible duda, señalemos que nuestro autor declara desde 1876 que el rito es algo externo que para Dios no significa nada. El rito se apoya en dos instituciones necesarias para su cumplimiento: «la jerarquía eclesiástica, la Iglesia militante y batallona y la guardia civil, llámese Santa Hermandad, brazo secular o como se quiera». Y Clarín se apresura a añadir que no considera este lenguaje irreverente, pues «lo esencial es creer en Dios y amarle sobre todas las cosas; lo del rito es accidental». Para él, no puede ser pecado burlarse de un Dios fantasma «que se pone hueco con las alabanzas de un subdiácono *malgré-lui*, que permite y manda que se tueste al infeliz mortal que no entiende el *rito* según el ritual(...). Ese Dios, que no es Dios, no es *mi Dios*, por tanto no hay blasfemia, no hay sacrilegio en todo lo que llevo dicho»¹²³.

La visión que nos ofrece Clarín de ciertas manifestaciones religiosas es francamente negativa y se aproxima a la noción de anticlericalismo tradicional pero no hay que olvidar que el motivo de la sátira es la búsqueda de una religión verdaderamente espiritual.

¹²¹ *La Regenta*, edición de José M^a Martínez-Cachero, Barcelona, Planeta, 1963, pp. 627-637.

¹²² *Madrid Cómico*, 690, 9-V-1896.

¹²³ *El Solfeo*, 175, 23-II-1876. *Preludios*, pp. 50-51.

En 1876, un poema en quintillas titulado *El paganismo* evoca una romería: el pueblo dirigido por el clero se entrega a una religión formal que tiene más de paganismo que de cristianismo¹²⁴.

¹²⁴ He aquí el texto completo del poema: «La aldea III. El paganismo»:

Venid a la romería.
¿Qué predica el padre austero?
Que es pecado la alegría.
Y el pueblo coge el pandero
y lo toca todo el día.

Ya sale la procesión;
bajo el augusto pendón
va la rolliza ternera(1)
como si el buey Apis fuera,
recibiendo adoración.

Vienen los santos detrás
llenos de cintas y flores,
tirados por los labradores
como en los tiempos de atrás
iban los emperadores.

Arroja al aire el incienso
un sucio intonso monago;
y como si fuera un pienso
se traga aquel humo denso
el caballo de Santiago(1).

Hojas de rosa en montón
descienden desde las rejas
o desde el alto balcón,
y coronan las orejas
del cerdo de San Antón(1).

(...)

Dos Cristos en valdedías
hay milagrosos los dos,
y muchas veces se ha visto
armar la de Dios es Cristo
sobre cual Cristo era Dios.

Es pagano el pueblo hispano,
y si otra prueba prefiero
aquí la tengo en la mano:
paga el pueblo culto y clero
ergo el pueblo es pagano.

(1) Histórico (N. del A.)
(*El Solfeo*, 335, 7-IX-1876)

Algunos meses más tarde, trata el mismo espectáculo pero bajo el prisma de la exclamación burlesca: «¡Cantar las alabanzas de Dios con la boca llena! ¡El Credo comiendo a dos carrillos!(...) El diablo son estos neo-católicos: se sientan en el *duro suelo*, y ¡vea, vea Vd. si son desgraciados! se ponen a merendar...¡Ay, amor, qué bueno es Dios!, dirá algún presbítero a su costilla espiritual entre versículo y trago. Y tanta mujer, tanto hombre y tanto cura... y todos revueltos y merendando... Y luego las indulgencias que tienen sobre sus almas estos romeros...»¹²⁵. Para la mayoría de este pueblo que se dice y se cree católico las fiestas religiosas se han quedado en meras costumbres culinarias: la Navidad es el *besugo* y el *piñón*, etc., etc.¹²⁶.

El culto ha sido desviado de su recto sentido por algunas costumbres que los ministros de Dios se dedican a perpetuar. Ha sido desnaturalizado también por esta religión de aparato minuciosamente cuidado. La procesión del Corpus en Madrid es la expresión de un culto al alcance de todas las inteligencias: es un culto que entra por los ojos: bordados, obras de pasamanería, falsas joyas, quincalla. «Toda esa artillería da mayor solemnidad a la fiesta»¹²⁷.

Nada hay más profano que la religión del pueblo de Madrid durante la Semana Santa. ¡Qué espectáculo, sin embargo, contemplar cómo las damas de la aristocracia se codean, en la iglesia o en las procesiones, con las clases más humildes! Clarín nos confiesa que ese día visita las iglesias en calidad de turista: «Y no oigo más que el crujir de la seda y el antipático ruido metálico que producen las monedas, los óbolos que dice *La Correspondencia*, al caer sobre la bandeja(...). Al pie de la Cruz no está la Madre Dolorosa, sino la bandeja llena de pesetas y perras chicas». Ahora avanzan las damas en procesión por la Carrera de San Jerónimo meditando los motivos de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y, «de paso, enseñan el pie si a mano viene».

Para nuestro autor tal espectáculo da qué pensar: si un cristiano de los primeros siglos resucitase, uno de esos cristianos que tomaba en serio el cristianismo, «¡qué diría al vernos pasar tan compungidos por la Carrera de San Gerónimo!». Ser cristiano «como nuestras damas y caballeros que

¹²⁵ *El Solfeo*, 577, 12-VI-1877.

¹²⁶ El *besugo* o el *piñón*, cuando no es el pavo y las almendras. «¡Oh espiritualismo, oh idealismo católico, apostólico romano! Con motivo de haber nacido el siervo de los siervos de Dios, el cordero de Dios (*qui tollis peccata mundi*) nuestro pueblo católico se emborracha y toma una indigestión de pavo y otra de almendras y avellanas prehistóricas. ¡Pero qué tiene que ver Nuestro Señor Jesucristo con las peladillas de Alcoy?» (*La Publicidad*, 1.416, 10-I-1882).

¹²⁷ *El Solfeo*, 866, 24-VI-1878.

suben y bajan por la Carrera, no vale la pena de serlo, y como Jesucristo no haya venido al mundo por otra cosa, lo que es para esta gente bástale y sóbrale con Júpiter Tonante, es decir, bástale con Cánovas(...) ¡y a esto llama la Estadística, diez y seis millones de católicos!». Ésta es para Clarín la ocasión idónea para declararse, con humor, partidario de la religión natural que, además, «es la más barata, por sus grandes economías en punto a culto y a clero»¹²⁸. Anteriormente, en 1878, había opuesto a la religión de aparato «las religiones puramente espirituales, sin ritos, ceremonias y cumplidos, severas en la forma, sobrias de manifestaciones sensibles»¹²⁹.

La religión de aparato es una puerta abierta a todo tipo de absurdos. Un ejemplo: un farmacéutico se hace rico con la venta de píldoras de Lourdes contra el dolor estomacal. Pronto aparecen las *duchas* de Lourdes, los baños de Lourdes¹³⁰. El milagro fue haber inventado el agua de Lourdes. En ocasiones el absurdo se acerca a la incongruencia: un cura acaba de bendecir un tribunal: «Ahora ya pueden aquellos señores dar garrote... en gracia de Dios»¹³¹.

Tal religiosidad es, evidentemente, muy propicia a la intervención directa de la divinidad. De 1877 a 1896 los artículos de Clarín se hacen eco de tres milagros. El que él ha «visto» más de cerca aconteció en Tiñana (Asturias) en 1877. Tuvo gran importancia pero se malogró, aunque repercutió de tal modo en la región que nuestro poeta compuso para la ocasión un romance... de ciego —de falso ciego, desde luego—: «Nuevo y divertido romance que contiene los extraordinarios milagros ocurridos en Tiñana, partido judicial de Oviedo, con permiso del ordinario y con notas». «Bien oiréis lo que dirá»: la Iglesia, música celestial detrás del altar, una joven presa de ataques nerviosos. Repentinamente, se cura. Un sacristán se comporta descortésmente con ella y la joven predice su muerte. Éste muere: *Milagro*. Pronto, todo Oviedo acude en peregrinaje hasta Tiñana y no queda un sólo incrédulo en Asturias¹³².

¹²⁸ *La Publicidad*, 759, 27-III-1880.

¹²⁹ *El Solfeo*, 866, 24-VI-1878.

¹³⁰ *El Solfeo*, 867, 27-VI-1878.

¹³¹ *La Publicidad*, 1.756, 23-I-1883.

¹³² *El Solfeo*, 581, 16-VI-1877. Clarín aprovecha la ocasión para exhortar irónicamente a sus amigos de *El Solfeo*, Sánchez Pérez, Sánchez Ramón, Becerro, Eusebio Sierra, Lezama:

«arrepentíos de veras
mirad que aún es tiempo;
vuestra música del diablo
dejad por ésta del cielo,
y aprended de mí, que escribo
este romance de ciego
(...)»

Desgraciadamente, el obispo de Oviedo ordena una investigación y el resultado es que se ha tratado de un falso milagro digno de acabar en un correccional.

En su comentario, Clarín adopta irónicamente la posición de los neo-católicos decepcionados: «¡Torpe siglo en que hasta los obispos se oponen a los espontáneos movimientos de la fe y a los piadosos fraudes(...) teniendo en más los fueros de la verdad que la propaganda carlista! ¡Dejar escapar así una ocasión que ni de perlas! ¡Cuándo volverá a oírse música celestial detrás de los altares! ¡Cuándo se convertirán libre-pensadores por docenas sólo a la voz de una inspirada campesina, vidente, que anuncia la muerte de un sacristán con algunos minutos de antelación!(...) Afortunadamente(...) ahí queda la buena fe del pueblo católico, fanático a Dios gracias en suficiente grado para dejarse comulgar con ruedas de molino»¹³³.

Además del milagro de la Virgen de la Saleta, falso también¹³⁴, en 1896 el pueblo de Madrid vio a la Virgen sobre un tejado. Desafortunadamente, lo que debería haber sido una aureola celestial no era más que una vulgar chimenea.

Lo verdaderamente grave es que se continúe utilizando la religión para engañar al pueblo. «Se quiere —escribe Clarín en 1896, y debemos anotar la data— que el pueblo español vuelva a la Edad Media, y vuelve. Entre todos los reaccionarios de la patria, y son muchos, están haciendo una *ópera nacional* con trajes del siglo XIII, y el pueblo soberano se va naturalmente a los coros», y Clarín enumera seguidamente algunas de las manifestaciones medievales del catolicismo nacional. Consejos de Universidad, detrás de los cuales planea la sombra del obispo, que quieren «devorar» a un profesor porque dice lo mismo que sostienen todos los naturalistas europeos; obispos que, impregnados de ardor patriótico medieval, se lanzan, como el famoso prelado de *Las Navas*, con el estandarte y la cruz a través de la *morisma*, aquí *manigua*; gobernantes que, como no llueve, piensan que exhibiendo los restos de San Isidoro Labrador cambiarán las leyes meteorológicas y la rosa de los vientos: ésas «son las partes principales de esta ópera nacional y reaccionaria como ella sólo, en que la plebe se pone a ver visiones a su manera». Efectivamente, existe poca diferencia entre confundir una chimenea con la Santa Virgen y creer que Eolo soplará de forma distinta porque lo ordene un ministro santurrón¹³⁵.

¹³³ *El Solfeo*, 582, 17-VI-1877.

¹³⁴ *La Unión*, 135, 14-II-1879.

¹³⁵ *Madrid Cómico*, 690, 9-V-1896.

Así es, en todos los niveles sociales, la mentalidad popular, desnaturalizada por usos y costumbres que no tienen de religiosas más que el nombre. El responsable de esta situación es la Iglesia, y en esto Clarín no se anda con rodeos: el clero es «el eterno enemigo de la civilización moderna»¹³⁶.

No hay nada que aflija más que «la religión de la calle». Es ahí donde uno se da realmente cuenta de que «la inmensa mayoría de los españoles no tienen religión». Es verdad que, al paso de una procesión, todos los viandantes se descubren, pero es porque la experiencia les ha enseñado que la menor negligencia puede tener, en este caso, las más desagradables consecuencias. La policía, en efecto, no esconde su propensión al misticismo. «No se puede negar, salta a la vista; la policía protege la religión católica contra toda otra clase de derechos. Y esto se explica: como se les tiene dicho que no hay más religión que la católica,(...) y por consiguiente, que no hay más religiosos que los católicos, es natural, a los demás se les trata como *perros* según la frase consagrada en muchas religiones positivas para designar a los sectarios de las demás»¹³⁷.

Hay en principio esta coerción que se ejerce en cadena hasta que adquiere carácter colectivo. Hasta tal punto que, si Jesús volviera a la tierra, sería acusado por mil dedos y arrestado. Ciertos periódicos liberales denunciarían el hecho pero otros dirían que no hay de qué alarmarse, puesto que los prisioneros son gente de mala vida¹³⁸.

De hecho, la gran mayoría de los españoles no tienen de católico más que el nombre y la culpa es de la Iglesia, que lo hace para que así sea, ya que su finalidad última parece reducirse a ganarse el favor de las masas a fin de satisfacer sus privilegios temporales¹³⁹. Esgrime la amenaza del infierno, agita la imagen ridícula del Purgatorio, como veremos en el estudio de la postura de Clarín frente a los dogmas, transforma el culto en espectáculo. De tal forma que la religión del pueblo procede de la superstición y es más pagana que cristiana. En cuanto a la clase media, cuyo ideal es la nómina y la realidad el paro, también tiene su religión pero en el mejor de los casos es una religión prudente y oportunista, como la de Villaamil, personaje de *Miau*, cuya religiosidad es «la de nuestro pan de cada día»¹⁴⁰.

¹³⁶ *El Solfeo*, 790, 24-III-1878.

¹³⁷ *El Solfeo*, 53, 22-X-1875; *Preludios*, pp. 26-28.

¹³⁸ *El Solfeo*, 812, 19-IV-1878.

¹³⁹ *La Unión*, 115, 4-I-1879.

¹⁴⁰ *La Justicia*, 187 (9-VII) y 189 (11-VII); *Mezclilla*, p. 276.

La religión nacional cultiva la fachada y desdeña el fondo. Esta discordancia entre el exterior cuidado o rutilante y el interior desatendido y a veces sórdido repercute en la moral. Hay una oposición entre la moral pública y la moral privada. La primera conserva siempre una fachada de dignidad, mientras que la segunda es francamente corrupta. La distancia entre las dos muestra el alcance de la falsedad y de la hipocresía fundamental de las relaciones sociales.

«Aquí la moral pública está asegurada para mucho tiempo. La única que está corrompida es la privada. Se cumple al pie de la letra aquello de «que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. Se deja que la mano derecha haga lo que quiera, y sólo se procura que la izquierda no sepa nada y viceversa».

La Iglesia debería preocuparse de la moral pública, dedicarse a favorecer la autenticidad de la conducta. Pero, ¿cómo podría hacerlo puesto que ella misma es ejemplo de esta oposición entre el aspecto público y la realidad profunda? Por otro lado, ¿qué oyen los fieles en el templo?: «allí no se oye más que pullas de un obispo mestizo contra Nocedal, o, lo que es más escandaloso todavía, ejemplos tomados del natural, de la concupiscencia y demás llagas morales. Las muchachas aprenden en el sermón lo que no hace falta que sepan»¹⁴¹. Dejemos de lado el ligero puritanismo que suscitan estas palabras...

A propósito de las mujeres, precisamente, debemos examinar ahora cómo, según Clarín, viven o experimentan ellas la religión. ¿Por qué esta distinción entre sexos? Simplemente porque, para nuestro autor, la mujer no es igual que el hombre. No es ni superior ni inferior, es diferente. Ya hemos abordado este problema en *Clarín político I*¹⁴², pero para el estudio de la influencia de la Iglesia sobre la mujer resulta importante realizar algunas precisiones. En primer lugar, la de que la mujer no tiene la misma capacidad racional que el hombre, es más frágil. Por el contrario, el hecho de que en ella predomine lo irracional la hace más apta que el hombre para una forma de conocimiento intuitivo. Clarín no considera desdeñable esta aptitud para percibir lo que no puede ser intelectualmente comprendido¹⁴³, lo que no invalida el que, para Clarín, el conocimiento sea antes que nada racional. Consecuentemente, incluso si lo niega, y no lo niega siempre, Clarín considera a la mujer como un ser ligeramente inferior por naturaleza. Pen-

¹⁴¹ *Sermón perdido*, pp. 209-210 (1885).

¹⁴² *Clarín político I*, pp. 228-246; en particular la nota 3 de p. 235, la nota 3 de pp. 244-245 y la nota 4 de p. 246.

¹⁴³ Vid. *Clarín político II*, p. 155, 177 y nota 30 de p. 187.

samos que en este punto comparte la opinión de la mayoría de sus contemporáneos, incluido Jacinto Octavio Picón¹⁴⁴. Clarín es un adelantado de su tiempo, junto a Picón, en la medida en que preconiza para la mujer una libertad jurídica que la costumbre aún no le concedía, y sobre todo una libertad y una independencia económicas que no están en modo alguno contempladas en los usos sociales. Pero volvamos al tema; por lo tanto, la mujer, que es ante todo sentimiento, es un ser delicado. Esta idea no sólo está presente en la viva y profunda pintura que hace de Ana Ozores, sino que es constante. La mujer se deja *seducir* más fácilmente que el hombre por el misterio del olor del incienso, por decirlo de alguna manera. El hecho de que frecuente la iglesia por compensación no modifica un ápice el problema: la beata es un producto del medio. La beata «es un hongo que nace en terreno que los da naturalmente, en un poblachón de Castilla, de campiña pobre y escueta, de escaso vecindario, de ruines pasioncillas entre los habitantes, de vida agonizante en todo, el misticismo pesimista y quietista es un miasma que naturalmente se produce». La beata de pueblo se caracteriza por la misma melancolía que caracteriza a la moral cristiana, por la división absoluta entre el mundo y el cielo, entre el placer y la virtud¹⁴⁵.

Si ésta es el tipo de beata hispánica, también hay otra: la que se encuentra a veces en las grandes ciudades. La beata de Madrid, por ejemplo, vive en el mismo mundo que disfrutó cuando aún podía y su impotencia actual para el placer, su vanidad, la confunde con la virtud. «¿No la véis con su escapulario al cuello bajar por esas calles, con la cabeza erguida, como desafiando las burlas de los condenados (que somos el resto de los hombres) y haciendo alarde de cinismo devoto?». «Perora en las cofradías, es secretaria del dinero de San Pedro...». La culpa de que tantas mujeres se conviertan en Quijotes con devocionarios, concluye Clarín, es de «¡sus directores de conciencia!»¹⁴⁶. La beata de pueblo y la de Madrid, pese a su vida diferente, tienen un punto en común: la ruptura, que se aprecia por todos lados, entre la actitud exterior y la realidad íntima, esta radical distinción entre la tierra y el cielo.

Los personajes femeninos de las novelas de Galdós: *Gloria* y *La familia de León Roch*, son, para Clarín, buenos ejemplos españoles de la influencia deformante del catolicismo tradicional.

¹⁴⁴ Vid. sobre este autor la introducción de Gonzalo Sobejano a la reedición de *Dulce y sabrosa* (Madrid, Cátedra, 1976).

¹⁴⁵ *El Solfeo*, 53, 22-X-1875; *Preludios*, pp. 26-28.

¹⁴⁶ *Ibíd.*

María Egipcíaca, la mujer de León Roch, hubiera podido ser una buena esposa, dulce y amante, como pretende la Iglesia. Pero lo grave es que la Iglesia impide la realización de dichas buenas intenciones.

«La mujer que cumple como buena católica; la que tenga, como María Egipcíaca, los gérmenes del misticismo y aspire a una práctica seria y lógica de las doctrinas creídas, tenderá al ascetismo; por su Dios(es decir, por una idea) dejará todo lo que no sea Dios, es decir, lo que ella se figura que es Dios y sacrificará al esposo —porque todos los maridos son finitos y perecederos—, se perderá en las nubes ascendiendo de una en otra morada mística y hará imposible aquella unión espiritual que la misma Iglesia juzga indispensable en el matrimonio».

Todas las cualidades de María que se entrevén al principio de la novela son desviadas y pervertidas por «la labor de zapa del confesionario». Y María se convierte poco a poco en la mujer vestida de negro que es el tormento de León. El responsable es el sacerdote: «El sacerdote siembra en el espíritu dócil lo absoluto; es decir, lo absoluto al revés, el error absoluto, que aunque no lo hay, según dicen, no encuentro mejor nombre para esa doctrina que quiere unión de los espíritus y comienza por colocar en medio el abismo absoluto»¹⁴⁷.

Serafinita, la madre de Gloria, no aspira al misticismo como María, ella es simplemente el ejemplo de mujer española modelada por la «superstición» ambiental y por «esta falsa religiosidad» que «están esparcidas por el aire y nos llegan hasta los tuétanos». Serafinita es la buena mujer católica, virtuosa, toda fervor pero que, a fin de cuentas, dice Clarín, es «una verdadera plaga». A poco que se vea enfrentada a una situación que se salga de la norma establecida por la costumbre católica es ya incapaz de comprenderla: se cierra responsable de la desgracia de su hija si no fuera ella misma víctima de la «superstición» ambiental. Sin embargo, Serafinita es una mujer de alguna manera superior, y adopta una actitud digna en el puesto erróneo en que la sitúa la «falsa religión». Por el contrario, «cuando una mujer es vulgar, como las más, y también quiere echar su cuarto a espadas en misticismo y humildad cristiana, etc.,etc., el carácter se hace falso y degenera en mil abominaciones»¹⁴⁸.

Gloria es la víctima del medio deletereo y de falsa religión en el que vive. Es un personaje literario pero «que vive entre nosotros».

¹⁴⁷ *La Unión*, 107, 26-XII-1878; *Solos*, 206.

¹⁴⁸ *El Solfes*, 594 (29-VI), 595 (30-VI), 1877; *Preludios*, pp. 120-124.

Gloria ha sido educada en el seno de una buena familia católica, semejante a la mayoría de familias españolas. Sus padres están, como la mayor parte de los padres, ligados a una moral y a una religión establecida. Gloria se enamora de Daniel Morton, que es judío, y tiene un hijo suyo. La moral familiar, que no es más que el reflejo de la moral colectiva, no puede soportar el drama y Gloria no tiene más remedio que someterse, renunciar, morir.

Galdós y Clarín coinciden en que el más fuerte gana al más justo, pues «lo que la autoridad religiosa, la social, la familiar le imponen (a Gloria) es el mal, la injusticia, el error». A Gloria la autoridad de la conciencia le dicta la misma conducta de renuncia y de expiación. «La educación ha hecho todos esos estragos en el alma de aquella niña cuyo natural elevado, capaz de grandes ideas, se ve pronto combatido y desvirtuado por la acción del medio deletereo en que vive». La conciencia del pecado le impide resistir al «fatalismo de la falsa religiosidad» que le aplasta. La independencia de su espíritu ha sido anulada y no ve más que la falta, antes que a ella misma, inmersa en ese medio, antes que a las ideas que le parecían tan respetables. Gloria es a la vez Ifigenia e Hipatía: «Es Ifigenia porque es dulce y resignada, y es Hipatía porque la alumbra la llama del genio, y como ellas es víctima de supersticiosas creencias»¹⁴⁹.

Esta condena frontal de una moral católica establecida que prima el respeto a las conveniencias en detrimento de lo que es auténticamente humano, resulta constante en Clarín. Tendremos ocasión de ver cómo la religión, la verdadera religión, la del corazón y la conciencia, debe favorecer la plena realización del ser en su alma, desde luego, pero también en su cuerpo. La verdadera religión es armonía. Por eso, Clarín condena siempre el ascetismo católico en nombre de la naturaleza creada por Dios.

El ascetismo constituye el error total, es «la sublimidad en el mal». Luis Gonzaga, el hermano de María Egipcíaca es un triste ejemplo de esto: aspira a abandonar su propia naturaleza por una abstracción soñada: «Bien sublime es el asceta de tan pocos años que muere de consunción, como la Dama de las Camelias, con la flor de su pasión en las mejillas, enamorado de cavilosas suyas, con la misma fuerza que pudiera amar a una mujer o a una causa grande, real, noble y legítima. Verdad es que el egoísmo que acompaña siempre a todo pesimismo y a todo misticismo quita no poco de su grandeza a la pasión de Luis Gonzaga...». Pero este misticismo «es el error más funesto» que puede haber

¹⁴⁹ *Ibid.*

en la tierra¹⁵⁰. Frente a él y opuesto a él, hay algo más sublime: «estudiar la verdad y huir de los ensueños». León Roch, por ejemplo, estudia las estrellas y se siente bien en medio del enigma del universo. «Quizá sea más profundamente religioso que ser místico, rasgar la realidad de la vida en dos partes y con ella el velo de un misterio supremo; lanzar el anatema sobre la mitad del mundo y necesitar aborrecer lo uno para amar lo otro»¹⁵¹.

De hecho, Clarín siempre denunciará las nefastas consecuencias del ascetismo exagerado sobre los más honestos placeres de la vida: el amor, las alegrías del hogar, la mesa. Este pesimismo católico, predicado a menudo por gentes que no lo practican, «condena todo placer de los sentidos y del alma». «¡El pesimismo neo! Pobres jóvenes de uno y otro sexo, educados en el santo temor del neo (ellas) y de las conveniencias sociales (ellos), ¿verdad que habéis sido y sois víctimas del pesimismo ultramontano? ¡Qué santos instintos de amor han sido contrariados y anatemizados por los neocatólicos!»¹⁵².

¿Qué actitud hay que tomar frente a esta moral establecida, frente a esta desviación contra-natura del hombre? Es preciso combatirla. Y Clarín luchará toda su vida contra la falsa moral impuesta, falsa precisamente porque está impuesta, no libremente comprendida y asumida. Hay que decir que si, hasta 1882, se afana en luchar con el ardor militante que conocemos¹⁵³, después su postura está más matizada en las formas pero sin dejar por ello de ser menos firme en su fondo.

En 1876, proclama que «la tolerancia con la intolerancia es negación de la tolerancia»¹⁵⁴, y culpa a la suavidad de los liberales demasiado propensos, según su deseo, a transigir con todo tipo de absurdos. En materia religiosa, no se pueden aceptar esas máximas impuestas y que se perpetúan, tales como «hay que dejarle al pueblo sus creencias» o «la mujer es ante todo sentimiento, tiene que creer con fe ciega». En lo que concierne a la mujer, la mayoría de los españoles, incluidos los más liberales, dudarían de la mujer poco ortodoxa. Creen que la piedad católica es una garantía de virtud y, consecuentemente, «perdonan de buen grado los caprichos y extravíos del fanatismo, y hasta sacrifican en aras de la paz doméstica, las más íntimas convicciones»¹⁵⁵. Hay

¹⁵⁰ *La Unión*, 107, 26-XII-1876; *Solos*, pp. 206-208.

¹⁵¹ *Ibid.*

¹⁵² *El Solfeo*, 347, 14-IX-1876. *Clarín político I*, nota 1, pp. 230-231.

¹⁵³ Vid. *Clarín político I*, pp. 30-52.

¹⁵⁴ *El Solfeo*, 342, 14-IX-1876.

¹⁵⁵ *El Solfeo*, 594 (29-VI), 595 (30-VI) 1877; *Preludios*, pp. 120-124. Sobre el matrimonio como sacramento e institución, la posición de Clarín ha evolucionado. Vid. *Clarín político I*, n.º 1, p. 240.

que pensar que actuar así coloca a la condición de la mujer donde la situó el Concilio, en el que se discutía si tenía o no alma. Si el espíritu libre piensa que posee ideas superiores a las que predominan hoy en la mentalidad colectiva, mantenidas siempre por el ultramontanismo, no debe dudar ni un instante en defenderlas a capa y espada y tratar de introducir las en la sociedad, la familia...¹⁵⁶.

En 1897, por poner una fecha, depones su actitud agresiva para intentar reformar la sociedad, y opta por estudiarse a sí mismo a fin de mejorar y recomienda a los hombres que hagan lo mismo, pero en el fondo el objetivo de Clarín no ha cambiado: ser mejor desarrollando todos los dones de la naturaleza. No es cristiano combatir, «como el asceta, todo bienestar terrestre del cual disfrutamos por los sentidos»¹⁵⁷. Volveremos sobre esto.

Conclusión

Del catolicismo español, tal como lo ve Leopoldo Alas, no se desprende ninguna nota que podamos calificar de positiva. Según nuestro autor, los elementos auténticamente cristianos que contrastan con la falta total de espiritualidad en la institución católica sólo se encuentran en algunas personalidades. La institución católica toma su poder, no de su proyección como religión, sino de su fuerte organización y sobre todo de su presencia, a todos los niveles, en todos los sectores de la vida española. A pesar de sus divisiones, la Iglesia juega aún un papel determinante en la vida política y, sean cuales sean las corrientes que la sacuden, el sentido de su intervención sigue orientándose hacia el pasado; conserva la viva nostalgia de la dominación absoluta que antes ejercía y que cada vez ve más discutida. Exalta, siempre que puede, la grandeza de España con acentos imperiales que parecen venir de aquella época en que el cetro y la cruz partían, en estrecha alianza, a la conquista del Nuevo Mundo. En una palabra, continúa rigiendo la conciencia de toda la nación mediante una enseñanza dogmática y escolástica contraria al espíritu de apertura del mundo moderno y sobre todo mediante una práctica puramente exterior y social de la religión, que perpetúa unas costumbres vacías de toda espiritualidad, de las cuales algunas rayan en la superstición y no se distinguen del paganismo. Resumiendo, para Cla-

¹⁵⁶ *El Solfeco*, 343, 15-IX-1876. *Clarín político I*, pp. 228-235.

¹⁵⁷ *La Ilustración Española y Americana*, 8-III-1897; *Siglo pasado*, pp. 121-122.

rín, de la palabra viva de la Iglesia no queda más que una doctrina que sólo es el «alma» del espíritu reaccionario, es decir, como afirma Clarín, no queda más que una abstracción que funciona como en tiempos del «colectivismo primitivo», o sea, para decirlo de otro modo, que funciona como una ideología en simbiosis con la ideología reaccionaria.

El catolicismo español aparece hasta tal punto como el enemigo de todo progreso que, durante años, Clarín defendió, enérgicamente, la idea de que catolicismo y liberalismo eran irreconciliables. Incluso en 1878 las propuestas abiertas y conciliadoras de León XIII no le hacen olvidar el *Syllabus* y critica a los liberales españoles de *El Imparcial* y *El Globo* que aplauden el cambio de tono de la Santa Sede. Acuerda que las cosas sean claras, dice, y que los terrenos estén bien delimitados: «La libertad de conciencia es incompatible con quien la niega, y en esta parte *El Siglo Futuro* tiene razón: el Papa podrá no ser ultramontano, pero no puede ser liberal». En esta época, Alas considera que las abdicaciones del poder de la Iglesia en favor de las ideas modernas pueden verse como un avance, pero sería absurdo y pernicioso para la causa de la libertad pensar en una asimilación. La unión entre el liberalismo y el catolicismo que antiguamente podían soñar los liberales es una utopía.¹⁵⁸ Sin embargo, un librepensador, mejor aún, un católico liberal, cuando piensa en la ciudad ideal debería poder imaginar el encuentro en la puerta del Sol de varias procesiones de cultos diferentes. ¡Desgraciadamente, sólo puede ser un sueño! Y Clarín se entregará con humor a tal posibilidad en un artículo que transcribimos¹⁵⁹.

¹⁵⁸ *El Solfeo*, 792, 27-III-1878. Idea que encontramos de nuevo en *La Unión* del 1-V-1879: «Bien sé que hay católicos liberales, que todavía algunos insisten en conciliar la autonomía de la libertad y la Iglesia».

¹⁵⁹ «Por la Carrera de San Jerónimo (estamos en Madrid) viene a desembocar a la Puerta del Sol el cortejo pomposo y abigarrado de los sectarios de Buda; allí se ve el imperturbable santón (en el buen sentido de la palabra), representado en sus diferentes encarnaciones y agobiando bajo su peso de conservador a los miserables indios o chinos, que sudan la gota gorda. Pero que suden, están en su derecho: un trancazo por un gustazo, y sarna con gusto no pica, aunque sea mala comparación. Por la Calle de Alcalá descendiendo majestuosamente, y también en volandas un idolo otentote [en el cual quieren ver los malintencionados un gran parecido con un célebre intransigente (Cándido Nocedal sin ninguna duda)]; por la calle de Carretas, y colocada en su correspondiente andamio, se ve venir una tortuga descomunal, modernísima diosa, adorada por los empleados de Correos y, por último, de la calle de la Montera, desgájase una nube de católicos y católicas, (...). Esas cuatro procesiones se encuentran en mitad de la calle de la Puerta del Sol; crúzanse sus apiñadas filas... y nada; exhortanse, es cierto, al pasar recíprocamente, con el fin piadoso de arrancar a sus semejantes de las tinieblas del error, pero no pasa de ahí; a lo más, algún distraído trueca las filas por equivocación y se va con los sectarios de Laô-Tseu en vez de seguir tras las hopalandas de San José (...). ¡Qué espectáculo más edificante!» (*El Solfeo*, 53, 22-X-1875; *Preludios*, pp. 26-28).

Posteriormente, como veremos en los próximos capítulos, su posición se matizará, pues la necesidad de añadir una dimensión espiritual al liberalismo se le impone cada vez con más fuerza a partir de 1890. Cree descubrir incluso, desde luego fuera de España, en el movimiento general de las ideas hacia una mayor comprensión y una mayor tolerancia las premisas de un mundo nuevo fundado en la concordia. Habrá que analizar en profundidad la naturaleza (y las causas) de esta renovación espiritualista que se detecta a fines de siglo en la burguesía intelectual coincidiendo con el momento en que la Iglesia, bajo el impulso de León XIII, se esfuerza por adaptarse a los cambios del mundo moderno.

En España, por el contrario, tanto en 1893 como en 1875, se asiste siempre al mismo espectáculo de la Iglesia que brindan «espíritus pequeños, sumidos en el sensualismo de las formalidades vacías de un culto oficial, haciendo alardes y vociferando desplantes de una piedad pagana, oficinesca». Clarín condena con la misma contundencia, igual en 1893 que en 1875, esa «religiosidad de papel timbrado, cristianismo de librea y de congresos»¹⁶⁰.

Pero, si en 1893 declara, siempre con igual rotundidad, que hay que combatir el aspecto medieval del catolicismo español, ese nacional-catolicismo que pretende acaparar una fe que no es, añade además que «no es el catolicismo en sí mismo un obstáculo», la prueba está en que en algunos países nuevos como los Estados Unidos el catolicismo es «democrático y realmente moderno»¹⁶¹.

De hecho, la vena espiritualista siempre permaneció latente en él, como lo demuestra su adhesión profunda e indefectible a la personalidad religiosa de Francisco Giner y, a través de él, al idealismo espiritualista krausista; y como también lo revelan sus juicios sobre algunas novelas de Galdós o sobre *Recuerdos de Italia*, de Castelar¹⁶². Estos juicios aparecen como testimonio del ser profundo, cuya vigencia se revela por la adhesión al pensamiento de Giner justamente cuando Leopoldo Alas está totalmente comprometido en la lucha por el libre

¹⁶⁰ *La Publicidad*, 5.244, 24-XII-1893.

¹⁶¹ *Vida Nueva*, 71, 15-X-1899.

¹⁶² Con respecto a *Gloria* o *La familia de León Roch*, confiesa compartir con entusiasmo la profunda religiosidad de Galdós, y a propósito de *Marianela* escribe que «el arte sólo permite alcanzar la espiritualidad humana» (?). (*El Solfeo*, 808, 14-IV-1876; *Solos*, p. 262; *Clarín político II*, p. 177).

En su crítica sobre el libro de Castelar, exalta «esta palabra milagrosa que en el mundo se llama Castelar y que siembra el espiritualismo sobre la tierra» (*Revista Europea*, 141, 5-XI-1876; *Solos*, pp. 99-97; *Clarín político I*, pp. 56-57).

examen y contra la reacción, como él dice¹⁶³. Si se muestra anticlerical, no se declara jamás antirreligioso, y algunos arrebatos irreverentes contra ciertos dogmas católicos no van más allá de una reivindicación del libre examen frente a una imaginería pueril y sin consistencia racional¹⁶⁴. Por otra parte, rechazó siempre con la misma firmeza el positivismo que pretende abstracción de lo sobrenatural, y se muestra bastante molesto —casi contrariado— con algunos aspectos positivistas del pensamiento de Renan, al que Clarín venera, sin embargo, como a un «padre espiritual».

Todas estas características del pensamiento filosófico y religioso de Leopoldo Alas son las que analizaremos en el siguiente capítulo.

¹⁶³ Vid. *Clarín político I*, pp. 30-52, y *Clarín político II*, pp. 137-148.

¹⁶⁴ Sin embargo, él lamentó, al menos una vez, y oralmente, esta actitud radical y sus primeros años como periodista. «Haciendo justicia de lo que alguna vez combatí arrasado por el psitacismo de mis amigos, confieso paladinamente que existen grandezas espirituales superiores a todo lo que podamos inventar nosotros» («Teorías religiosas de la filosofía novísima», *El Globo*, 1-XII-1897. Vid. *Apéndice*).